

## MARÍA MARTÍNEZ SIERRA: ARTÍCULOS FEMINISTAS A LAS MUJERES REPUBLICANAS\*

JUAN AGUILERA SASTRE\*\*

### RESUMEN

María Martínez Sierra (María Lejárraga, 1874-1974), fecunda dramaturga y novelista, fue además una de las más activas feministas españolas del primer tercio del siglo XX. Sus principales ensayos teóricos aparecieron entre 1916 y 1932 con la firma de su marido, Gregorio Martínez Sierra. Recuperamos ahora otros trece artículos feministas firmados con su nombre y escritos durante la etapa republicana (1931-1936), en la que dedicó muchos más esfuerzos a la acción social y política que a la literatura. En ellos María Martínez Sierra mantiene los postulados de sus trabajos anteriores, si bien orientados a la nueva situación política y social que la Segunda República ha propiciado a la mujer, por primera vez ciudadana de pleno derecho en España.

Palabras clave: María Martínez Sierra (María Lejárraga), feminismo en España, Segunda República, mujeres contra la guerra y el fascismo.

*María Martínez Sierra (María Lejárraga, 1874-1974), prolific novelist and playwright, was one of the most active Spanish feminists of the first third during the 20th century. Her main theoretical essays came out between 1916 and 1932 signed by her husband, Gregorio Martínez Sierra. We have now recovered another thirteen feminist articles signed with her own name and written during the Republican period (1931-1936) when she was mostly dedicated to social and political issues rather than literature. In these articles María Martínez Sierra kept the postulates of her previous works, but now focused on the new political and social situation which the Second Republic offered to women in Spain for the first time they had all the rights any citizen would have.*

*Key words: María Martínez Sierra (María Lejárraga) Spanish feminism, Second Republic, women against war and fascism.*

La mayor parte de los ensayos feministas de María Martínez Sierra, firmados como es bien sabido con el nombre de su marido, están recopilados en cinco volúmenes: *Cartas a las mujeres de España* (1916), *Feminismo, feminidad, españolismo*

---

\* Trabajo registrado en el IER el 7 de marzo de 2005.

Este trabajo ha sido realizado como parte del proyecto de investigación *María Martínez Sierra (1874-1974). Vida y obra*, subvencionado por el Instituto de Estudios Riojanos.

\*\* Juan Aguilera Sastre. IES "Inventor Cosme García". Logroño.

(1917), *La mujer moderna* (1920), *Nuevas cartas a las mujeres de España* (1932) y *Cartas a las mujeres de América* (1941). A pesar de las fechas de edición de estos dos últimos libros, todas las *cartas* fueron escritas y publicadas en la prensa periódica (fundamentalmente *ABC* y *Blanco y Negro*) entre 1915 y 1930, antes de la proclamación de la II República. En realidad, las *Cartas a las mujeres de América* son una antología de textos ya publicados en *Feminismo* y en *Nuevas cartas*, con muy pocas variantes<sup>1</sup>. Todos ellos han sido magníficamente analizados y antologados por Alda Blanco en un libro reciente, *A las mujeres: ensayos feministas de María Martínez Sierra*<sup>2</sup>, imprescindible para conocer de primera mano lo más esencial de su pensamiento feminista. Aparte de la serie de conferencias leídas en el Ateneo de Madrid en los primeros días de la naciente República, publicadas casi inmediatamente bajo el título *La mujer española ante la República*<sup>3</sup>, poco sabíamos hasta ahora de otros escritos feministas de la autora riojana. De hecho, ningún otro libro suyo se editó en esos años de intensa actividad en los que pareció cambiar el trabajo de la pluma por el de la acción social y política. Ella misma declaraba en junio de 1931 hasta qué punto se había visto absorbida por un frenesí que le impedía cualquier otra actividad: “No tengo tiempo para mí. La República me ha sacado de quicio y no vivo más que de mí afuera; vivo por ella nada más”<sup>4</sup>.

Un rastreo todavía no sistemático, pero suficientemente amplio, de la prensa del momento, en especial de la madrileña, nos ha permitido rescatar nuevos artículos de temática feminista que hoy damos a conocer. La nómina, interesante por su cantidad y calidad, no puede considerarse cerrada y cabe esperar nuevos hallazgos en el futuro. En parte, por la imposibilidad material de revisar absolutamente todos los periódicos y revistas de la época: es más que probable que en otros periódicos locales de carácter progresista y republicano, como un poco por casualidad hemos localizado artículos en *La Región*, de Santander, en el jiennense *Democracia* o en el *Noticiero Granadino*, puedan localizarse más; pero también porque no pocas de las colecciones que se conservan y son accesibles al investigador aparecen incompletas, de modo que incluso cuando hay noticias más o menos fidedignas de que en ellas colaboró María Martínez Sierra con su firma, los resultados han sido escasos o incluso nulos. Es el caso de la revista *Cultura Integral y Femenina* (1933-1935), dirigida por J. Aubin Rieu-Vernet, en cuyo comité de redacción aparece desde el primer número el nombre de María Martínez Sierra

---

1. Martínez Sierra se introdujo muy pronto en el mercado periodístico americano y muchos textos suyos, en especial los feministas, aparecieron en los más importantes periódicos de la América hispana, como por ejemplo *El Gráfico* de Bogotá o *El Imparcial* de Guatemala. La mayoría de los textos aparecían tal como habían sido publicados en España, aunque en ocasiones eran adaptados al país correspondiente, como señala Marta Elena Casaús Arzú al comentar los artículos dedicados a “La mujer y el trabajo” en *El Imparcial* guatemalteco, en los que tras repasar cómo se han incorporado las mujeres al trabajo en Europa y Norteamérica, “hace un llamamiento a las mujeres guatemaltecas a que imiten su ejemplo”. Véase Marta Elena Casaús Arzú, “La influencia de la teosofía en la emancipación de las mujeres guatemaltecas: La Sociedad Gabriela Mistral”, en *Anuario de Estudios Guatemaltecos* (Universidad de Costa Rica), 27 (1), 2001, pp. 31-58, nota 57.

2. Alda Blanco, *A las mujeres: ensayos feministas de María Martínez Sierra*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003.

3. María Martínez Sierra, *La mujer española ante la República*, Madrid, Ediciones de la Esfinge, 1931.

4. J. R. “Una interviú. Doña María Martínez Sierra”, *El Día Gráfico* (Barcelona), 28-VI-1931, pp. 1 y 6. Sobre sus actividades republicanas véase Juan Aguilera Sastre (ed.), *María Martínez Sierra y la República: Ilusión y compromiso*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2002.

como presidenta de la Asociación Femenina de Educación Cívica, junto a Consuelo Bergés, Clara Campoamor, María Luisa Navarro de Luzuriaga, Isabel Oyarzábal de Palencia, *Halma Angélico*, la doctora Elisa Soriano, Eulalia Vicenti, etc.; sin embargo, no hemos hallado ni un solo artículo con su firma en ella. Cabe pensar que en *Mundo Femenino*, de donde hemos extraído siete artículos, publicara alguno más, puesto que tanto la colección de la Hemeroteca Municipal de Madrid como la de la Biblioteca Nacional, que son las que hemos consultado, están muy incompletas. Y algo similar ocurre con *¡Ayuda!* (1936-1938), “Portavoz de la solidaridad editado por el Socorro Rojo Internacional”, dirigida inicialmente por María Teresa León y después, desde el número 12 (15-VII-1936) por Isidoro Azevedo; María Martínez Sierra aparece en la lista de colaboradores publicada desde el número 5 (1-IV-1936), junto a Rafael Alberti, Dolores Ibarruri, Luis Araquistain, Margarita Nelken, Julio Álvarez del Vayo y otros, a los que más adelante se sumarán otros nombres ilustres como Antonio Machado y Miguel Hernández; en los números que se conservan, sólo hemos podido hallar un artículo con su firma.

Precisamente la firma es uno de los datos relevantes de los artículos que recopilamos ahora. Como se sabe, María de la O Lejárraga García sólo firmó con su nombre su primer libro, *Cuentos breves* (1898), y, que nos conste actualmente, un artículo de 1901 titulado “Escuelas profesionales para la mujer”, aparecido en *La Escuela Moderna*<sup>5</sup>. El resto de su producción literaria y ensayística había aparecido siempre bajo la firma de su marido, Gregorio Martínez Sierra. Las conferencias recogidas en el volumen *La mujer española ante la República* (1931), firmadas con el nombre de María Martínez Sierra, fueron el primer atisbo de distanciamiento de la firma masculina, pero muy limitado, puesto que en la dedicatoria puede leerse esta especie de arrepentimiento por la aparente traición u osadía: “A GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA, con lealtad y cariño, dedico este trabajo que, distancia y premura me obligaron a realizar sola, pero no fuera de nuestra entrañable comunidad espiritual”. Las conferencias habían tenido un público multitudinario, en un foro tan resonante como el Ateneo de Madrid, con notable eco en la prensa; Gregorio estaba en esos momentos en Hollywood, y difícilmente podría justificarse en esas circunstancias la firma masculina, ya de por sí incomprensible en tantos otros casos, como los ensayos feministas anteriores. En los artículos que ahora recogemos, ya no hay dudas de identidad y ella asume total y definitivamente el protagonismo que merece: casi todos están firmados por el que a partir de entonces se iba a convertir en su nombre literario, hasta su muerte, María Martínez Sierra; y en los dos de *La Región* va todavía más lejos, al recuperar incluso su primer apellido y firmar “María Lejárraga de Martínez Sierra”.

En cuanto al contenido, es lógico que mantenga en estos textos similares planteamientos a los esgrimidos en anteriores trabajos feministas, sin aportar grandes novedades. Destaca, eso sí, la firmeza de sus convicciones, envuelta, como siempre, en un tono aparentemente suave y hasta ingenuo, pero que en el fondo resulta vigoroso e inquebrantable. Valga este ejemplo:

Hombres y mujeres —decíamos— constituimos la especie humana... En su continuación y conservación somos varones y hembras elemento igualmente indispensable y valioso... Por lo tanto, las leyes [...] están obligadas, si quieren ser justas, a conceder al varón y a la hembra igualdad absoluta de derecho, ya que no les pueden negar la equi-

5. Ambos se recogen en el libro de Isabel Lizarraga Vizcarra, *María Lejárraga, pedagoga: Cuentos breves y otros textos*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2004

valencia en eficacia... Mientras la vida humana en la tierra se sustente por obra conjunta, indivisible, equivalente de hembra y varón, hembra y varón deben tener y tienen, en realidad, derecho, uno, conjunto, indivisible y absolutamente igual a todos los bienes que la especie pueda poseer en la tierra... Entre esos bienes están, no hay que decirlo, la libertad, la posesión intangible de la propia persona, el derecho a ordenar la propia vida, sin otra restricción que la impuesta por la propia conciencia o por la ley —mientras las leyes sigan siendo necesarias—, por la conciencia, digo, y por la ley decidida a medias, redactada a medias, sostenida a medias, aceptada y defendida de común acuerdo...

Esta es la razón esencial de igualdad que exige el feminismo. (*Mundo Femenino*, marzo 1933),

O este otro, más conciso pero no menos contundente: “Lo que deseamos, ya lo hemos dicho, pero conviene repetirlo, es lograr la igualdad de derecho, libertad, dignidad, honra y provecho con el varón” (*Mundo Femenino*, mayo 1933).

Sin embargo, algo sustancial ha cambiado: la realidad política en que se desenvuelven tanto la emisora como las posibles receptoras de los mensajes feministas de María Martínez Sierra. Lo que hasta entonces había sido pura especulación teórica y utopía voluntarista, difícil de vislumbrar en un horizonte inmediato, se ha convertido, desde el advenimiento del régimen republicano en abril de 1931, en ideal al alcance de la mano, fácilmente accesible si se vencen las inercias de una tradición secular y las mujeres asumen el protagonismo que les corresponde. De ahí la inmediatez que se percibe en muchos de los mensajes, pero también la reflexión a que se invita a las mujeres para avanzar sin errores por el camino correcto. Es una idea que expone con firmeza en el último artículo que reproducimos, el dedicado a homenajear a la gran maestra del feminismo socialista, Clara Zetkin<sup>6</sup>, de quien destaca no su “oratoria fogosa y brillante” ni su “exaltación”, sino su “pensar intenso”, agudo y constructivo, “la visión interior que trae a realidad inmediata lo que ha de ser”. Porque la responsabilidad de quienes adoctrinan a los demás y pretenden trazar sus caminos hacia la libertad y la justicia es enorme y no admite errores de cálculo:

Mujeres españolas, las del rojo designio, las que vamos por estepas y aldeas procurando enterrar semillas y trazar caminos, aquí está nuestro campo y nuestro material; las mujeres, los adolescentes, los niños... Alumbrar el dolor, examinar la fuerza de su protesta... Hablemos para ellos y pensando en ellos; pero, como la matriarca, nuestra maestra, meditemos durante horas largas, con preocupación honda, sincera y dolorosa, antes de atrevernos a adoctrinar a aquellos que todo lo sufren, que todo lo ignoran. (*Ayuda!*, 15-VI-1936).

Tal vez por ello los artículos de *Mundo Femenino*, los más numerosos y escritos con cierta voluntad unitaria, llevan todos un significativo título: “Pensando”. Y persiguen una misma finalidad, compartida con la serie bruscamente interrumpida, sin que nos conste la razón, del diario montañés *La Región*, cuyo segundo artículo es prácticamente idéntico al primero de *Mundo Femenino*: la mujer, como el pueblo, ya no puede seguir ausente de la política y debe intervenir en ella “porque le va la vida en lo que políticamente se hace”. De ahí que, pese a su falta de prepa-

---

6. Clara Zetkin (1875-1933) fue militante destacada del Partido Socialdemócrata de Alemania desde 1881 y uno de los referentes del feminismo socialista europeo. Promovió varias conferencias internacionales de mujeres socialistas, la primera en Stuttgart (1907), la segunda en Copenhague (1910), en la que a propuesta suya y de Kathy Dunker se instituyó el día 8 de marzo como Día Internacional de la Mujer; y la tercera en Berna (1915), en la que se distanció de sus compañeros socialistas alemanes y se pronunció por la lucha revolucionaria contra la guerra. Fundó el periódico *La Igualdad*, que se transformó en uno de los canales de expresión de las mujeres socialistas de la época. Amiga de Rosa Luxemburg, acabó ingresando en el Partido Comunista Alemán, lo que la llevaría a exiliarse en la URSS tras la ascensión de Hitler.

ración, deba afrontar el reto de aportar a ese momento histórico crucial su propia visión de la vida, crear la España del futuro:

En el momento político actual que tú y yo comentamos desde el mismo punto de vista de nuestra causa, hay que reconocer la falta de preparación de la mujer española. Pero esta falta no es esencial sino transitoria.

La mujer española es ignorante, pero no inculta. Tiene los prejuicios de la ignorancia, que se disipan automáticamente con el conocimiento y no son tan indestructibles ni tan de temer como los de la semi-cultura de los otros países. Ignorante, escéptica e inteligente; esa es la amalgama espiritual de nuestras mujeres. Ahora va a empezar a aprender por los hechos, como se aprende a vivir. Las teorías no le hacen falta, ya las elaborará... si le queda tiempo para ello. No quisiera yo que la mujer española se adaptase a lo que se lleva fuera, sino que «crease» lo que en España se ha de llevar. (*La Región*, 3-VIII-1932).

A pesar de la alusión a “nuestra causa”, en clara referencia a su militancia socialista, no es el enfoque político o ideológico el que predomina en sus artículos republicanos, sino el feminista. Incluso cuando habla del Partido Socialista se refiere esencialmente a la mujer como interlocutor directo, como ocurre en el texto dedicado a las Casas del Pueblo en fecha tan significativa como el 1 de mayo de 1933. Las Casas del Pueblo, como recordará en otras ocasiones, fueron “no sólo el grande amor de mi vida de mujer madura, sino el fundamento único de lo que aún me queda de patriotismo”<sup>7</sup>, puesto que su importancia para el desarrollo no sólo político, sino también espiritual del pueblo español había sido, para ella, determinante:

Hasta que acació la República [...] no conocí la emocionante red de Casas del Pueblo Españolas, no pude darme cuenta de su importancia, de su obra de «escultoras en vivo», de cómo han ido hasta en los rincones más deshumanizados de mi patria, desbastando la piedra y sacando a la luz al hombre que dentro de ella estaba aprisionado. Porque la verdadera y gran labor de las Casas del Pueblo no ha sido —con ser tanto— el agrupar a los miserables ni el enseñarles a juntar las voces para pedir justicia; ha sido el sacarles de su silencio espiritual, de su cárcel de auto-ignorancia, de su incapacidad de formular ante sí mismos su propia existencia y su propio agravio; alumbradoras de fuentes ocultas, horadoras de pozos hondos, buceadoras en tenebrosos mares...<sup>8</sup>

Por eso anima en su artículo a las mujeres a integrarse en ellas al conmemorar la fiesta obrera del 1 de mayo, a convertirlas en verdaderos hogares para ellas y los suyos. Tras contraponer los palacios del pasado (los de la monarquía, como el del Louvre de París) a los del futuro (los del “pueblo soberano”, como la Oficina Internacional del Trabajo, en Ginebra), su corazón vuela hacia esas Casas del Pueblo donde “he podido hablar con vosotras y para vosotras”, la mayoría de una sencillez que raya en la pobreza, a pesar de lo cual en ellas “he entrado con tristeza rebelde y [...] he salido con esperanza”. Y pide que sean las propias mujeres quienes las transformen en lo que deben ser:

Compañeras, madres del pueblo: antes de que los hombres puedan hacer de la Casa del Pueblo un palacio, convertidla vosotras en hogar. Haced reinar en ella al mismo tiempo el silencio y la conversación, el estudio y la risa; cuidad en ella del fuego; abrid el libro; poned sobre la mesa el mantel blanco, el jarro de agua fresca, la lámpara y la mace-

7. María Martínez Sierra, *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia (ed. de Alda Blanco), 1989, p. 80. En otro pasaje de esta obra memorialística afirma con melancolía: “Casas del Pueblo. Once años de voluntario destierro llevo en esta Francia tan evolucionada y afinada políticamente, y no he podido aún acostumbrarme a que falten en ella esos nidos de calor humano que daban en mi tierra pobre y atrasada a la lucha social emoción de religión que nace” (p. 92).

8. *Ibid.*, pp. 200-201.

ta en flor, que sea tan vuestra, puesto que vosotras la habréis cultivado, como el chiquillo que ríe mirándola y que alarga las manos hacia ella (*El Socialista*, 1-V-1933).

Ése es verdadero objetivo, ya lo hemos dicho, de la mayoría de sus artículos feministas republicanos: animar a la mujer a participar activamente en la vida política del momento, en la seguridad de que esa participación, sea desde el partido o la ideología que sea, es, más que necesaria, vital, imprescindible para el futuro de España. En las conferencias de mayo de 1931, recogidas en el volumen *La mujer española ante la República*, María Martínez Sierra había tratado de desterrar los falsos miedos que podía suscitar el nuevo régimen político (en especial los religiosos: libertad de culto, separación Iglesia-Estado, escuela laica; o políticos: el federalismo) y, sobre todo, de convencer a las mujeres de los valores positivos que para ellas representaba. Así lo resumía en una entrevista en la revista *Crónica*:

El pueblo nos ha dado ejemplo de cordura y moderación. Así, pues, todas debemos vigilar, especialmente sobre nosotras mismas, para no hacer el juego a los enemigos de la libertad, acogiendo y esparciendo rumores absurdos que puedan dañar el crédito de la República. Ésta cuenta con nosotras para que la ayudemos a *gobernar la casa* [...] Tenemos, por consiguiente, que capacitarnos para responder a este llamamiento. Pero aparte estos motivos ideológicos que tenemos para sostener y fortalecer el nuevo régimen, hay otros de orden práctico que atañen a la vida en general, a la enseñanza y a la cultura, y no es el menos importante de todos ellos el evitar la guerra civil.

Hay que reconocer también que la República española es una «realidad», y no lo digo porque «exista» [...], lo digo porque no es un hecho vano ni una palabra hueca. Los hombres que ocupan el Gobierno, sin pararse a prometer imposibles, han empezado a «hacer» inmediatamente. Y han asociado a la mujer a su obra. Esto nos hace esperar que dentro de un régimen de libertad y de Derecho como el que se acaba de instaurar, alcanzaremos el logro de nuestras aspiraciones, y que felizmente la República acabará con la esclavitud femenina<sup>9</sup>.

Ahora, como ya había avanzado en el primer artículo de *Nuevas cartas a las mujeres de España*, se trataba, sobre todo, de atender a la realidad, lejos de especulaciones teóricas sobre lo que es o podría ser. La mujer, decía entonces, había roto los moldes de lo que de ella se esperaba y se había convertido, al alcanzar cierta libertad y capacidad de acción, en “algo terrible y admirable: ¡la Realidad!”<sup>10</sup>. Y ese aspecto es el que más desarrolla en los nuevos artículos republicanos: el senti-

9. “María Martínez Sierra, la insigne escritora, da en el Ateneo un curso sobre política y feminismo. La Patria, que para los hombres es «la madre», para las mujeres es «el hijo»”, *Crónica* (Madrid), 17-V-1931.

10. Merece la pena releer el pasaje completo, sin olvidar la voz masculina que asume la autora:

“Repito: apasionadamente os miro vivir. Con sinceridad, confieso que no pocas veces me desconcertáis. Recién llegadas a la vida pública, a medias libertadas de la esclavitud secular, sois como niños que acaban de nacer. Ruidosamente, tumultuosamente, habéis invadido los campos todos de la actividad masculina. En el deber, en el placer, habéis roto las frágiles barreras de la tradición, habéis comenzado a existir por vuestra cuenta. Yo, pecador, he sido uno de los más entusiastas anunciadores de vuestro advenimiento. La esperaba, le deseaba, había tenido la presunción de prometer y prometerme en vuestro nombre: ¡Harán esto! ¡Dirán esto! ¡Seguirán este y aquel sendero!... Y no era así. ¡Y no ha sido así! Habéis hecho, estáis haciendo, cosa muy distinta. Lo inesperado, lo diferente, lo inverosímil [...] ¡Nos engañó el demonio que dictaba nuestra profecía! Habíamos soñado, al soñar en vosotras libertadas y activas, un sueño de madurez cansada, de cordura cobarde. Y vosotras llegáis armadas con las armas invencibles de la infancia inconsciente. Sois la vida que triunfa, como siempre, a pesar de la manida Lógica. Y no sois la Virtud, como quisimos prever. Y no sois la austeridad serena. Y no sois arca y arcano, portadoras de vida, dictadoras de ley, como nosotros, transgresores de todas las leyes, nos habíamos complacido en soñar. No parece tampoco que queráis ser maestras, ni que estéis dispuestas a caer de rodillas ante la majestad de vuestro renacimiento matricado. No sois la Antorcha. No sois el Equilibrio. No sois ni siquiera la Madre. Sois ese algo terrible y admirable: ¡la Realidad!” (“Os miro vivir”, en Gregorio Martínez Sierra, *Nuevas cartas a las mujeres de España*, Madrid, Renacimiento, 1932; citamos por Alda Blanco, *A las mujeres...*, ob. cit., p. 110).

do de la realidad que la mujer puede aportar a la vida en el mundo nuevo que junto al hombre debe construir: "...éste es el elemento de verdadera utilidad que las mujeres queremos aportar a la tarea de regir el mundo a medias con ustedes: el sentido de la realidad..." (*Mundo Femenino*, junio 1933).

Alda Blanco, en la introducción al libro citado arriba, distingue dos grandes etapas en la producción feminista de María Martínez Sierra. La primera, hasta los años 20, constituida por *Cartas a las mujeres de España*, *Feminismo, feminidad y españolismo* y *La mujer moderna*, que mantienen una unidad temática y teórica. En cuanto al tema, el objetivo de María Martínez Sierra es concienciar a la mujer de la necesidad de vivir en igualdad con el hombre, con capacidad de decisión plena sobre su propia vida, sobre la base de tres grandes ejes temáticos: el derecho a la educación, el derecho al trabajo y el derecho a la igualdad legal. Y en cuanto al fundamento teórico de su ideario feminista, su argumentación es esencialista, como la de la mayoría de las feministas de principios de siglo, pues parte de la visión del hombre y la mujer como categorías naturales determinadas por el sexo, de modo que se tiende a identificar a la mujer con la naturaleza y al hombre con la cultura, pero subvirtiendo los valores, de modo que el desastre histórico a que ha llevado la cultura masculina ha de ser rectificado por la acción *natural* de la mujer: de ahí la necesidad de su concurso activo en la vida social, laboral, política, etc. Con *Nuevas cartas a las mujeres de España*, aparecidas como libro en 1932, pero publicadas en la prensa entre 1928 y 1929, María Martínez Sierra abre una nueva línea de pensamiento feminista que, según Alda Blanco, supone una ruptura teórica en el ideario feminista de la época, puesto que se cuestiona el feminismo puramente esencialista basado en los derechos de la mujer como tal y se enfrenta con uno de los aspectos más modernos de la teoría feminista: la construcción y reproducción de la ideología sexual dominante a través de la cultura, que el verdadero feminismo debe poner en evidencia y deslegitimar:

En estos, sus últimos ensayos, se advierte un cambio con respecto a sus anteriores cartas en la forma en que articula el concepto del género sexual. En un importante giro teórico propone que la diferencia sexual no es un estado natural —es decir, producto de la naturaleza— sino que ha sido social y culturalmente elaborada por los hombres. Es decir, que el género sexual en vez de ser una «esencia» natural, es una construcción social y cultural<sup>11</sup>.

Los artículos republicanos que ahora presentamos, en especial los aparecidos en *Mundo Femenino*, que tienen una mayor unidad compositiva, son una síntesis entre las dos tendencias, aunque en la mayoría prima más la concepción esencialista. María Martínez Sierra vuelve a la diferenciación natural entre los sexos al proclamar la "equivalencia" como sustento de la "verdad axiomática" del feminismo:

Digo *equivalencia* porque me dolería decir *igualdad*... Me complace en extremo que las diferencias entre ellos y nosotras sean, además de innegables, irreductibles... [...] No somos iguales... Pasado el fragor de la lucha por nuestro sitio al sol en este argumento de la igualdad esencial (*sic*), ha servido como la mejor arma de combate, ya nadie lo pretende ni siquiera finge creerlo... [...] No somos iguales. Lo cual, naturalmente, no quiere decir que un sexo debe estar sometido al otro, ni que la ley ni la costumbre deban hacer absurdas diferencias en el reconocimiento del derecho a poseer, disfrutar, dominar y ordenar todos los elementos de la vida en igualdad y en libertad perfectas... Hay una fórmula que hemos adoptado todos los feministas de buena fe, y que, por el momento, parece ser la más racional: diferencia de función e igualdad de derecho... (*Mundo Femenino*, marzo 1933).

11. Alda Blanco, *A las mujeres...*, *ob. cit.*, p. 33. El desarrollo de su análisis en pp. 25-35.



Y, por otro lado, opone claramente al varón, ligado a la especulación idealista y a la cultura, artífice de la civilización contemporánea y responsable de su fracaso, frente a la hembra, más cercana a la naturaleza y a la realidad, por lo que podrá poner un punto de cordura en la tarea de regir el mundo a medias con el hombre, a la vez que lo liberará de la angustiada responsabilidad que su propia sociedad machista le ha echado encima. Es el argumento más desarrollado, en especial en los últimos artículos de *Mundo Femenino*: la mujer, libre, podrá complementar la labor del hombre, y por lo tanto, abrir el camino hacia la felicidad de varones y hembras, embarcados en un proyecto común:

De poco serviría que viniésemos a compartir la tarea si al aportar a ella la especialidad de nuestro esfuerzo quisiéramos anular las características del esfuerzo del hombre... No queremos venir a suplantar su actividad, sino a completarla, la actual organización del mundo no nos parece lamentable por equivocada sino por incompleta... Venimos a ofrecer lo que no hay, no por cierto a suprimir lo que existe... Tan inícuo y tan ineficaz sería una civilización de sentido absolutamente femenino como lo es la actual de sentido exclusivamente masculino (*Mundo Femenino*, diciembre 1933).

Pero también, en cierto sentido, cuestiona la diferencia entre hombres y mujeres como un producto artificial de la historia y de la cultura. Especialmente significativo es el artículo que subtítulo “Diferencia de funciones... Desigualdad de capacidades...” (*Mundo Femenino*, mayo 1933), en el que pone en duda la dicotomía entre oficios masculinos y femeninos por naturaleza y plantea la necesidad de no caer en apriorismos que la experiencia acaba demostrando falsos:

La experiencia nos dará alegrías y desilusiones..., sorpresas desde luego... Muchas actividades que hoy se tienen por eminentemente masculinas vendrán a nuestras manos; muchas de las que hoy afectan desdeñar los varones por crearlas esencialmente masculinas y por ende humillantes pasarán de las nuestras a las suyas...

Y la conclusión es, cuando menos llamativa: “No hay que confundir lo que pedimos con lo que deseamos conseguir”, es decir, lo que es justo y necesario (los objetivos feministas) con lo que es deseo particular de cada una de las mujeres. Por eso puede entenderse lo que a primera vista suena algo discordante: que una vez conseguidos los fines de igualdad, dignidad, consideración social y económica, ella no descarte para sí misma un oficio de los que pareciera que tendría que rehuir, como el de madre o ama de casa:

No nos pone en éxtasis la perspectiva de pasarnos el día haciendo cálculos en la mesa directorial de un banco... No renunciamos con delirio de gozo a la misión, no me atrevo a decir fundamental, pero desde luego gratísima, de dar al mundo tres o cuatro hijos sanos y de criarlos, educarlos, adoctrinarlos, abrirles los caminos de la vida y mirarlos adelantar por ellos con el orgullo de decir: Esa es mi obra y mi obra es buena.

Cuando nuestro trabajo de mujeres nos dé la misma ganancia, la misma dignidad, la misma consideración ante la ley y frente a la costumbre que los trabajos tenidos por masculinos dan a los varones, no habrá miedo de que vayamos a ejercer actividades contra naturaleza... Trabajaremos, desde luego, en lo que nos agrade y nos convenga... Si diera tanta honra y un sueldo equivalente preparar una buena comida como enredar un pleito, yo, personalmente, sin un segundo de vacilación, echaría a correr a la cocina...

Esta asunción de la domesticidad es más aparente que real, pues las contrapartidas suponen una verdadera liberación: ha de ser voluntaria y honrosa, reconocida y valorada... o no será. Algo similar ocurre con la maternidad, otra figura a la que nunca renunció María Martínez Sierra, defensora a ultranza de que la función esencial e inalienable de la mujer es la de ser madre. Ya lo había expuesto en sus primeros ensayos feministas, donde además mantiene otra posición discutible, como es la casi exclusiva responsabilidad de la mujer en la educación de los hijos,



de nuevo matizada de modernidad, pues la asunción de esta responsabilidad supone, de hecho, la adquisición de todos los demás derechos, desde la educación hasta libertad, la autoridad y la plena conciencia de su papel en la vida y en el mundo:

Es cierto: la maternidad es la suprema obligación, la misión esencial de la mujer; no hay quien se atreva a negarlo. La mujer tiene en sus manos el porvenir de la especie; ella es la humanidad, porque ella es la madre... Grandeza igual no existe en ninguna de las actividades masculinas. Se ha dicho con lirismo, que por una vez no está en pugna con la realidad: «La mano que mece la cuna mueve el mundo».

[...]

¿Qué es educar a un hijo? ¿Hacer de él un hombre! ¿Qué necesita la mujer que tiene en sus manos la formación de esa maravilla: el alma sana dentro del cuerpo sano de una criatura? Necesita, en primer lugar, darse cuenta de cuál es su misión. Necesita cultura, es decir, desenvolvimiento físico, moral e intelectual; ha de tener salud y ha de saber lo que se hace y cómo se hace. Necesita, si ha de ser maestra de sus hijos, autoridad, responsabilidad y libertad. Necesita, si ha de ser capaz de formar un hombre, tener la plena conciencia y el pleno goce de sus derechos humanos<sup>12</sup>.

Ahora, en sus artículos republicanos, vuelve a insistir en la necesidad de esa maternidad consciente y responsable cuando habla de la educación sexual de los jóvenes varones españoles, olvidada en un “absoluto desamparo moral” que hace del prostíbulo la única escuela de educación sexual reconocida socialmente. Las madres, preocupadas tan sólo por la pureza de sus hijas, tienen que asumir con igual decisión la tarea de la educación sexual de sus hijos:

También al hombre, cuando en la adolescencia es cera blanda, se le pueden inculcar un ideal de continencia y de dominio sobre los apetitos de la carne y de la sangre, una costumbre de limpieza física, un ansia de salud y de fuerza que le imposibiliten para irse a encanallar en el contagio... No con gazmoñerías y melindres, que le hagan reír y burlarse de vuestra candidez, sino poniéndole clara, sencilla y austeramente frente a la verdad cara a cara, a las buenas y a las malas realidades de la vida.

Llegado el hijo a cierta edad, la madre parece tenerle miedo: se inhibe, se aparta, se queda a la puerta de su vida íntima, precisamente cuando más necesaria es su intervención clarividente y misericordiosa... (*Mundo Femenino*, febrero 1933)

En el primer artículo del diario *Democracia*, de Jaén, también se referirá a la difícil tarea de ser madre en un momento de inquietudes y cambios en el que “nos hemos dado cuenta de que hasta para ser madre hace falta preparación”. Al abordar el problema de la salud mental de los hijos, recomienda una educación equilibrada, responsable, liberal, basada en la higiene física y en la coeducación, pues “la convivencia libre, natural y tranquila de los sexos desde la primera edad proporciona una normalidad casi absoluta”.

Muy diferente es el tono del segundo artículo en el diario republicano jienense, titulado “La actitud femenina frente a la guerra”, en el que aborda uno de

---

12. “Maternidad”, en *Feminismo, feminidad y españolismo*, Madrid, Renacimiento, 1917; citamos por Alda Blanco, *A las mujeres...*, ob. cit., p. 101. Ya en *Cartas a las mujeres de España* se había referido en más de una ocasión a la necesidad de una maternidad consciente y responsable: “...esta misión, necesaria, es cierto, puede ser muy grande o muy pequeña; la maternidad voluntaria y consciente, deseada, perfecta; la maternidad que no sólo da a luz al hijo, sino que le cría, le educa, le prepara por completo para una vida plena, útil y feliz, es tarea gloriosa y misión sin igual; pero la maternidad ignorante, impuesta por el azar o las circunstancias, soportada, a lo más, con resignación, realizada sin competencia, sin sentido de la responsabilidad, sin función educadora, sin ideal progresivo, no se diferencia gran cosa —y si se diferencia en algo, no es, seguramente, con ventaja para la mujer— de la maternidad meramente física de las especies animales.” (“La mujer y el trabajo”, en Alda Blanco, *A las mujeres...*, ob. cit., pp. 47-48).

los problemas más acuciantes del momento no sólo para las mujeres, sino para amplios sectores de la sociedad, que veían con horror creciente el ascenso de los fascismos y la polarización de las posiciones políticas extremistas. También, y por ello le dedicamos más atención, es uno de los principales focos de preocupación, y de actuación, de María Martínez Sierra durante la etapa republicana, incluso anteriormente, puesto que en alguno de sus ensayos feministas anteriores, como *Feminismo, feminidad y españolismo*, hay numerosas referencias a la primera guerra mundial, a sus horrores y a la actitud de las mujeres europeas ante ella<sup>13</sup>.

La simbiosis feminismo-pacifismo venía de lejos y había sido defendida con enorme brío por notables feministas, como la ya mencionada Clara Zetkin, con motivo de la primera guerra mundial. El feminismo de principios del siglo XX seguía proclamando como verdad casi ontológica que la mujer era por naturaleza pacífica, frente a la actitud belicista del hombre, y esa verdad se evidenciaba en los múltiples conflictos armados que jalonaban la historia de la humanidad, en la que la mujer había vivido al margen del poder. El conflicto de 1914-18 obligó a un cierto cambio de perspectiva, que María Martínez Sierra explicaba así a sus lectoras tras hojear atentamente los periódicos feministas extranjeros:

Algunas [feministas], las de más autoridad, proclaman las lecciones aprendidas, y, en resumen, estas lecciones se reducen a esto: *Los hombres tienen casi toda la culpa de la guerra; pero las mujeres tampoco estamos exentas de responsabilidad; hemos faltado a nuestro deber de dos maneras:*

Primera. Consintiendo que se eduque a nuestros hijos en una falsa idea de heroísmo y de deber patrio. Hasta ahora mismo se ha glorificado en las escuelas el valor militar, las hazañas de sangre, la injusticia de la conquista, el egoísmo colectivo; se ha hecho de la bandera un símbolo, no de patriotismo, sino de imperialismo; en una palabra: se ha inculcado en el corazón de los hombres la idea de que heroísmo significa tanto como desprecio de la vida propia y ajena y arranque para perderla o arrebatarla.

Segunda. Por temor al ridículo, hemos dejado de poner en nuestras reivindicaciones todo el empeño necesario. El día en que las mujeres intervengan en la gobernación de los pueblos en número igual al de los hombres, la guerra habrá concluido de una vez para siempre; esto lo sabemos y lo sentimos. La paz es el primer artículo de nuestro programa y nuestra maternidad lo ha escrito con letras de sangre en nuestro corazón. Pero, madres cobardes, hemos dejado la vida de nuestros hijos en manos de los hombres. Hace mucho tiempo que hubiésemos conseguido nuestros derechos políticos si no nos hubiesen asustado, más que las dificultades reales, las burlas de unos cuantos o demasiado interesados o demasiado indiferentes.

Y esto no puede ser. Somos responsables a medias con los hombres que gobiernan tan absurda e inhumanamente. Estamos obligadas a remediar nuestro descuido. Esta es la gran lección de la guerra<sup>14</sup>.

La larga cita merece la pena porque resume en buena medida la postura de nuestra autora en los años venideros, especialmente los republicanos. Que sepamos, no volvió a tratar el tema hasta los años treinta<sup>15</sup>, cuando los nubarrones de

13. Véanse, por ejemplo, los epígrafes "Lecciones de la guerra. Opiniones de algunas de las feministas que han concurrido al Congreso de La Haya en favor de la paz" (pp. 141-149), "El Congreso de las mujeres pacifistas en La Haya" (pp. 183-188), "Lo que hacen las mujeres en Europa mientras los hombres se están matando" (pp. 211-228) y "Las mujeres serbias en tiempos de guerra" (pp. 229-231).

14. *Feminismo, feminidad, españolismo, ob. cit.*, pp. 142-43.

15. No hay más referencias a la actitud femenina ante la guerra en los textos feministas posteriores a *Feminismo...*, como son *La mujer moderna y Nuevas cartas a las mujeres de España*. Sin embargo, según una referencia de Marta Elena Casaús Arzú (*art. cit.*, nota 55, p. 57), en *El Imparcial* de Guatemala apareció un artículo de la serie dedicada a "La mujer moderna" con el título "La mujer y la guerra" el 10-VII-1922.

un nuevo conflicto inminente volvían a oscurecer el panorama político. En junio de 1932 ya hay referencias en la prensa a un Comité Español contra la Guerra, que se adhiere al Comité de Iniciativa creado por Romain Rolland y Henri Barbusse para organizar el Congreso Mundial contra la Guerra, en el que figuró Valle-Inclán como representante español, pero no pudo asistir<sup>16</sup>. Finalmente, se celebró en Amsterdam entre el 27 y el 29 de agosto de 1932 y, en palabras de Romain Rolland, fue “la más poderosa manifestación internacional de masas contra el imperialismo desde la primera guerra mundial” y marcó el final del aparente pacifismo en que vivía el mundo<sup>17</sup>. El 28 de junio de 1932, según la información del *Heraldo de Madrid*, comenzaron los actos de propaganda del Comité Español contra la Guerra en el Ateneo, con la participación de María Martínez Sierra. Dice así la nota del Comité transcrita por el periódico:

Cada día aparecen más latentes y más amenazadores los peligros de guerra.

Una simple ojeada por el panorama universal nos da la sensación de que la guerra puede estallar mañana, de que será una guerra mundial en toda la extensión de la palabra y de que por su carácter de guerra aeroquímica y total será la cosa más monstruosa que registra la historia de la Humanidad. Para luchar contra tan terrible amenaza, se acaba de constituir un Comité español contra la guerra, de acuerdo con el Comité internacional que dirigen Barbusse, Romain Rolland, Valle-Inclán, Gorki, Einstein y otras personalidades de renombre universal, el cual inicia su campaña en España con un acto que se celebrará en el Ateneo de Madrid hoy, bajo la presidencia del Sr. García del Real y en el que tomarán parte María Martínez Sierra, Eduardo Ortega y Gasset y Julián G. Gorkin<sup>18</sup>.

No hemos logrado hallar reseña alguna de esta primera conferencia de María Martínez Sierra contra la guerra, pero sí de otra inmediatamente posterior. *El Liberal* anunciaba que el 24 de julio de 1932 daba comienzo, promovida por el Comité Español contra la Guerra, una “semana contra la guerra” al cumplirse el decimotercero aniversario de la primera mundial, que se proponía celebrar en Madrid veintidós actos públicos<sup>19</sup>, la mayoría de los cuales se anuncian puntualmente en días sucesivos. Aunque no aparece programado dentro de esa semana, el día 1 de agosto se celebró en la Casa de la República un “acto de paz y desarme” presidido

No sabemos si se trata de uno no incluido en los libros publicados en España o de alguno de los ya citados de *Feminismo...*

Señalemos, por otro lado, que a raíz del Congreso Pro-Sociedad de Naciones celebrado en Madrid a principios de verano de 1929, se creó una “Liga Femenina Española para la Paz”, en la que no nos consta (aunque parece probable) que figurara María Martínez Sierra, cuyo “Comité General Directivo” estaba formado por muchas de las que eran sus compañeras en otras actividades feministas, como las asociaciones ANME, UME o el Lyceum Club: Isabel Oyarzábal de Palencia, Carmen Baroja de Caro, Margarita Gorriti, Carmen Gallardo de Mesa, María Luisa de Luzuriaga, Amalia G. de Salaverría, Rosario Lacy de Elorrieta, Clara Campoamor, Matilde Huici, María Martos de Baeza, Benita Asas Manterola y Encarnación de Gorbea. (Véase “Liga Femenina Española para la Paz”, *Mujeres Españolas*, 43, 15-XII-1929).

16. Véase el llamamiento “¡Unámonos contra la guerra!”, firmado por Romain Rolland y publicado en la prensa mundial, en *Heraldo de Madrid*, 21-VI-1932, p. 1. Una nota al final del mismo señala: “Diríjense las adhesiones, colectivas o individuales, al Comité Español contra la Guerra, Ateneo de Madrid, Prado, 21, Madrid”.

17. Citado por Manuel Aznar Soler, *I Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (París, 1935)*, Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciencia de la Generalitat Valenciana, 1987, vol. I, p. 16.

18. “El Comité Español contra la Guerra. Hoy comienza en el Ateneo sus actos de propaganda”, *Heraldo de Madrid*, 28-VI-1932, p. 2. Sobre la relación de María Martínez Sierra con el Ateneo de Madrid durante esos años republicanos, véase Francisco Bermejo Martín, “María Lejárraga y el Ateneo de Madrid (1931-1936)”, en Juan Aguilera Sastre (ed.), *María Martínez Sierra y la República...*, ob. cit., pp. 103-142.

19. “La campaña del Comité Español contra la Guerra”, *El Liberal*, 24-VII-1932, p. 3.

por Miguel Tato Amat, pero protagonizado mayoritariamente por mujeres: Emilia Salovera, representante de Unión Republicana Femenina, las escritoras Asunción Polo y Matilde Muñoz, en nombre del Comité Organizador del V Congreso de la Liga Internacional de Mujeres Hispanoamericanas (presidida Carmen de Burgos, *Colombine*) que se preparaba esos días en Madrid, y María Martínez Sierra. Así resume el periodista su intervención:

La insigne María Martínez Sierra, que fue recibida con una gran ovación, comenzó diciendo que la guerra es un juguete roto que debe temerse como a la magia negra, y que además sólo tiene el sustentáculo del capitalismo, y que habiendo sólo dos maneras de lucha, la del trastazo y la del razonamiento, cuando éste se agota debe apelarse al arbitraje de la razón.

Se dolió de la noticia de que las mujeres paraguayas hayan vendido sus joyas para la guerra, porque la mujer debe ser la guardiana del arca de la vida, y deben llegar a ser despiadadas, primero oponiéndose a la guerra y luego negándose a asistir a los hospitales, que no son otra cosa que un taller trágico donde se recomponen los hombres para emplearlos en nueva lucha<sup>20</sup>.

En forzada y mal apretada síntesis, son estas ideas muy similares a las que, de modo mucho más preciso y elaborado, abordaba en el artículo de *Democracia* que hemos recuperado: “si quiere y sabe, la mujer podrá servir a la causa de la paz más eficazmente que el hombre”, sobre todo ahora que está en disposición de dirigir con su voto la vida política, porque no está sujeta al “heroísmo activo”. El camino para ello, como para tantas otras cosas, comienza por el aprendizaje, “aprender las verdaderas causas de la guerra para poder ir atacando el mal por la raíz”, no dejarse arrastrar por el sentimentalismo, sino por la razón, educarse y educar a los que de ella dependan y, si finalmente la guerra sobreviene, no colaborar de ninguna manera con ella, por doloroso que resulte:

Es muy difícil, pero esto es precisamente lo que hay que hacer. Si las mujeres no hubiesen colaborado con todo su esfuerzo y toda su mal entendida, aunque bien sentida, abnegación, la última guerra no hubiese podido durar más de un año. Porque ellas sostuvieron el interior de los países mientras los hombres se mataban, pudo prolongarse la matanza; porque ellas labraban los campos, hubo pan para abastecer los ejércitos; porque ellas —horror da decirlo— fueron a las fábricas de municiones, hubo balas para seguir matando [...] Porque ellas contribuyeron en los hospitales a recoser y recomponer cuerpos de hombre, pudieron volver tantos y tantos a acabar de morir, una vez curados. Muchas heridas cerraron; muchas más contribuyeron a abrir. Por eso digo que hay que desconfiar del sentimiento [...], por eso vuelvo a repetir que, en pacifismo como en odio, la obligación primera es darse cuenta. (*Democracia*, 25-VI-1933).

La fecha del artículo también es significativa, pues prácticamente coincide con la visita a Madrid, el 8 de julio de 1933, de tres representantes europeos de la lucha antifascista y por la paz: Lord Marley, Miss Ellen Wilkinson y Henri Barbusse. Durante su estancia se celebró en el Ateneo el acto de constitución del Comité Español de Ayuda al las Víctimas del Fascismo Hitleriano, presidido por Luis Jiménez de Asúa, y Barbusse dio un multitudinario mitin en el teatro Español<sup>21</sup>.

20. “En la Casa de la República. Paz y desarme”, *El Liberal*, 2-VIII-1932, p. 9.

21. La repercusión de estos actos en la prensa republicana fue enorme: “Los fantasmas que atemorizan al mundo. La gran cruzada contra el fascismo y la guerra”, *La Libertad*, 9-VII-1933, p. 5; Lorenzo Carriba, “Henri Barbusse, en Madrid. El gran escritor francés habla de la lucha contra el fascismo, la guerra y el imperialismo”, *El Liberal*, 9-VII-1933, p. 2; “Contra el fascismo y contra la guerra. Barbusse anoche en el teatro Español”, *El Liberal*, 13-VII-1933, p. 8; M.P.F., “El autor de ‘El fuego’, en Madrid. Henri Barbusse, propagandista contra el imperialismo y la guerra”, *Heraldo de Madrid*, 10-VII-1933, pp. 2 y 16; “En el Ateneo de Madrid. Se celebra el primer acto contra el fascismo”, *Heraldo de Madrid*, 11-VII-1933, p. 2; “Anoche en el Español. Un acto contra el fascismo y contra la guerra”, *Heraldo de Madrid*, 13-VII-1933, p. 15; “Barbusse,

Paralelamente, se reorganizó el Comité Nacional del Frente Antifascista, presidido por el ex-capitán Salinas e integrado, entre otros por Antonio Hierro, Francisco Galán, Wenceslao Roces, Dolores Ibarruri, Carlos Álvarez, César Falcón e Irene Falcón<sup>22</sup>. Y, por las mismas fechas, una delegada del Comité Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo se entrevistó con un grupo de mujeres comunistas, encabezadas por Dolores Ibarruri, para invitarlas a crear una organización similar en España. Nació así el Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, organización que más tarde será conocida como Mujeres Antifascistas Españolas, que nombró presidenta de honor a Catalina Salmerón y presidenta de hecho a *Pasionaria*; en el Comité Nacional figuraban, además, según el recuerdo de Dolores Ibarruri, Aurora Arnáiz, Belén Sárraga, Constanca de la Mora, Consuelo Álvarez (*Violeta*), Eloína Malasechevarría, Emilia Elías, Gloria Morell, Isabel de Palencia, Irene Falcón, Luisa Álvarez del Vayo, María Martínez Sierra, Matilde Cantos, Matilde Huici, Matilde de la Torre, Roberta Ramón, Trinidad Arroyo, Victoria Kent “y otras, pertenecientes a diferentes partidos”<sup>23</sup>. En julio de 1934 se celebró en Madrid el Primer Congreso de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo<sup>24</sup>, en el que no nos consta la asistencia de María Martínez Sierra, ni tampoco en el Primer Congreso Mundial celebrado en París un mes más tarde, donde la representación española estuvo a cargo de *Pasionaria*, Encarnación Fuyola, Carmen Loyola, Irene Falcón y Elisa Uriz. Sin embargo, hay evidencias de participación en sus actividades, puesto que inicialmente su sede estaba en el mismo domicilio de la Asociación Femenina de Educación Cívica (Calle Cortes, nº 6), creada por María Martínez Sierra en 1931 y presidida desde entonces por ella, según se deduce de un suelto periodístico que anuncia para el día 13 de abril de 1934 una conferencia en la Cívica de Joaquín Noguera, “¿Qué es la guerra?”, “organizada por el Comité femenino contra la guerra, con domicilio en esta asociación”<sup>25</sup>. Más tarde, cuando a raíz del movimiento insurreccional de octubre de 1934 en Asturias Mujeres Antifascistas sea declarada ilegal y se transforme en Organización Pro Infancia Obrera, el papel de María Martínez Sierra volverá a ser importante en la campaña de ayuda a los niños y represaliados del movimiento revolucionario.

Para concluir este apretado resumen de actividades sobre feminismo y pacifismo, señalemos que todavía el 23 de marzo de 1936 nos encontramos a María Martínez Sierra en la tribuna del Ateneo de Madrid dictando una nueva conferencia

---

en Madrid. El enérgico luchador y escritor francés habla para los lectores de LUZ”, *Luz*, 10-VII-1933, p. 13; “En el Ateneo se celebró ayer el primer acto contra el fascio”, *El Sol*, 11-VII-1933, p. 12; ; Francisco Ginestal, “Contra el fascismo y la guerra. Henri Barbusse, infatigable luchador que formó su espíritu en las trincheras”, *La Voz*, 10-VII-1933, p. 5; “Ayer en el Ateneo. Una reunión para constituir el Comité español contra el fascio y la guerra”, *La Voz*, 11-VII-1933, p. 4.

22. “Se reúne el pleno del Comité Nacional del Frente Antifascista”, *El Liberal*, 6-VII-1933, p. 4.

23. Dolores Ibarruri, “Una organización antifascista de mujeres”, en *El único camino*, Madrid, Castalia, 1992, pp. 265-275; véase también el capítulo “El PCE: Mujeres Antifascistas”, de Irene Falcón, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 89-102. Como ocurre con tantas otras organizaciones femeninas de la época, no existe un estudio amplio y riguroso sobre las actividades de Mujeres Antifascistas Españolas, salvo la aproximación de Carmen González Martínez, “Mujeres antifascistas españolas: Trayectoria histórica de una organización femenina de lucha”, en *Las mujeres y la Guerra Civil Española*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, 1991, pp. 54-59.

24. Véase, aparte de la bibliografía citada en la nota anterior, “Hacia el frente único antifascista. Han finalizado las deliberaciones de los Congresos de Jóvenes y de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo”, *El Liberal*, 17-VII-1934, p. 4, donde pueden leerse parte de las deliberaciones del Congreso y las conclusiones aprobadas al final del mismo.

25. “Asociación Femenina de Educación Cívica”, *El Liberal*, 10-IV-1932, p. 2

contra la guerra en un ciclo organizado por la Agrupación de Mujeres Republicanas de Izquierda. Una amplia reseña de *El Socialista* nos permite adivinar las líneas maestras de su intervención:

Organizada por esta entidad, nuestra compañera María Martínez Sierra ha pronunciado en el Ateneo de Madrid una interesante conferencia contra la guerra. Aludiendo a los responsables del conflicto de 1914-18, dijo que hoy es muy difícil juzgar con exactitud quiénes fueron: si el zar, Poincaré, Guillermo II o el emperador de Austria.

Afirmó que los verdaderos responsables son los discursos inflamados, las carreras de armamentos, el discurso patrioterico de los ignorantes y, sobre todo, la vergüenza que impide a los dirigentes volverse atrás. Recordó los esfuerzos hechos en contra de la guerra. Citó *El hombre libertado*, de Wells, tan duro; *El fuego*, de Barbusse y los más recientes de Remarque y Renne. Luego evocó las primeras reuniones de la Alianza Universal de Mujeres, obra que empezó con mucho entusiasmo, porque el dolor estaba aún muy cerca, pero que terminó sin resultado.

En un párrafo lleno de emoción aseguró que los hombres no caen en las mismas faltas; pero que son nuevos hombres que por primera vez se dejan engañar con los mismos embustes que sus padres.

Afirmó que las guerras tienen siempre una causa económica, y que no hay salida al sistema actual. Habrá que hacer la revolución para acabar con la ganancia, causa de todos los males.

«Para los que me escuchan —dice—, que tienen miedo a la revolución por no querer sangre, les diré que, por ejemplo, el total de las víctimas de la Revolución Francesa, tan cruel, es muy inferior al total de muertos, en un solo día, de la última guerra».

Nuestra compañera escuchó del numeroso público que llenaba el salón del Ateneo grandes aplausos<sup>26</sup>.

Una diferencia esencial hallamos ahora en su discurso, más radicalizado ideológicamente que en el artículo de 1933: si es verdad que los “verdaderos responsables” de las guerras son “los discursos inflamados”, las “carreras de armamentos”, el patriotismo y la cobardía de los dirigentes políticos, no lo es menos que “las guerras tienen siempre una causa económica, y que no hay salida con el sistema actual”. Por eso sólo queda una salida plausible e inteligente para la paz, aunque parezca paradójica y pueda asustar a los tibios o indecisos: “Habrá que hacer la revolución”. Al final, la guerra tomó la delantera a todos y confirmó, con creces, los más negros augurios...

---

26. “En el Ateneo. Una conferencia de María Martínez Sierra”, *El Socialista*, 25-III-1936, p. 4.

## APÉNDICE

ARTÍCULOS FEMINISTAS DE MARÍA MARTÍNEZ SIERRA (1931-1936)<sup>27</sup>**“Cartas a las mujeres de la Montaña. A Matilde de la Torre”,  
La Región (Santander), 15 de julio de 1932, p. 1<sup>28</sup>**

Queridísima:

¿Me pides labor para tu empresa en esa Montaña? Con placer grande accedo. Un favor previo: no me llames «ilustre». Si reincides, me enfado y te llamaré a ti «insigne». No; ni en broma, ni en serio, ni en amistad, ni en disputa. ¡Fuera tratamientos!, entre tú y yo... innecesarios; ante los extraños... inútiles. No por adjetivos brillantes dejarán de pensar de nosotros... lo que piensen. Fíjate, querida mía. Hemos arribado a insignes o a ilustres a fuerza de no ser ni lo uno ni lo otro. Es decir, cuando comencemos a trabajar, no éramos más que Martínez Sierra, como tú eras sencillamente «De la Torre»... Luego, nos pusieron el «mote». Mote que es ya menos eufónico que el sencillo Pérez o el sencillísimo Gutiérrez. ¿Verdad? Yo sé que opinas conmigo. Cuando tú y yo comenzamos a ser amigas espirituales, allá por el año 25, no nos tratábamos de «ilustres» ni de «insignes». Nos limitábamos a admirarnos profundamente en nuestro trabajo literario. Yo era para ti la emoción de un arte que muchas veces te había conmovido sin saber siquiera de mi persona real. Tu nombre nació para mí bajo un pseudónimo: «El príncipe negro». No lo olvido. Era un trabajo que mandabas a un concurso<sup>29</sup>. Yo dudaba que hubiera en España ninguna mujer capaz de haber escri-

27. Transcribimos literalmente los artículos, tal como aparecieron en la prensa, respetando siempre el estilo de la autora, con frecuentes léismos. Únicamente corregimos alguna errata evidente, acentos en desuso y signos de puntuación erróneos.

28. Este es el primer artículo de una serie que se anunciaba larga y que, por motivos que desconocemos, se interrumpió en seguida. El 6 de julio, en primera página, el periódico santanderino avanzaba así la colaboración de María Martínez Sierra en sus páginas:

“La ilustre «autora» de «Canción de cuna» y del maravilloso libro «Cartas a las mujeres de España», honrará desde la semana próxima las columnas de LA REGIÓN. Su primer artículo estará dedicado a nuestra asidua colaboradora Matilde de la Torre, y los trabajos sucesivos los titulará «Cartas a las mujeres de la Montaña», y en ellas, la mujer montañesa saboreará el venero inagotable de esta mujer, gloria de las letras españolas.

Tratará interesantísimos temas sociales y feministas, que vendrán a llenar un vacío en la Prensa santanderina. En estos momentos de necesaria capacitación de la mujer, María Martínez Sierra abrirá su cátedra desde estas columnas y sacará alumnas aprovechadas, pues la mujer santanderina posee una inteligencia superior y fuerza asimiladora.

Saludamos cariñosamente a doña María Martínez Sierra, camarada socialista [y] le expresamos nuestra admiración por su labor en pro de la mujer española.” (“Nuestras colaboraciones. María Martínez Sierra”, *La Región*, 6-VII-1932, p. 1).

29. Por las fechas a que hace alusión, podría tratarse del ensayo de Matilde de la Torre, *Don Quijote, rey de España*, Santander, Editorial Montañesa, S.A., 1928, un ensayo histórico que reflexiona sobre los problemas políticos de la España de su tiempo en clave europeizadora. Por desgracia, no disponemos todavía de una monografía rigurosa sobre esta gran mujer socialista, cuya vida en estos momentos de militancia política discurre paralela a la de María Martínez Sierra. Véase una aproximación a su vida y obra en Carmen Calderón, *Matilde de la Torre y su época*, Santander, Ediciones Tantín, 1984.

La admiración de María Martínez Sierra por Matilde de la Torre fue permanente. La noticia de su muerte le llegó con tres años de retraso, mientras redactaba sus memorias políticas, *Una mujer por caminos de España*, donde incluyó una larga nota que expresaba su emoción contenida: “Yo he sido demasiado amiga suya para poder hacer de su muerte motivo de literatura; desde que ella ha desaparecido, hay para mí rincones del pensamiento en que nunca volveré a penetrar”. Y, al recordar un mitin conjunto en la campaña electoral de 1936, la retrataba así: “No he conocido nunca espíritu más indomable unido a la más atrayente suavidad femenina, mayor eficacia con mayor dulzura, más varonil impulso encerrado en cuerpo frágil y enfermo [...] Su erudición servida por pasmosa memoria era de las que asombran [...] Su elocuencia convincente y viril [...] Era, en verdad, una delicia oír: pensamiento, emoción, dicción” (citamos por la edición de Alda Blanco, Madrid, Castalia, 1989, pp. 220-221. La nota citada más arriba, en pp. 219-220).



to aquel trabajo. Pensé en un hombre; en un filósofo, precisamente. No ganaste el premio, a pesar mío, y a pesar de otros ilustres votantes. Escribí protestando de lo que aún estimo un error... ¡Qué hacerle! Supuse enseguida que aquel Príncipe Negro se consolaría pronto del fracaso. Yo me consolé entonces... rompiendo la plica que encerraba el nombre auténtico. Leí: Matilde de la Torre. Mi voto había sido inútil; mi candidatura, derrotada. Pero yo estaba contenta, porque sabía ya que en España había una mujer que había escrito aquel ensayo sobre la actuación de las mujeres en la política. Y si no fue premiado... ¡tampoco importaba! Yo sabía que si «llegaba a ser verdad» que en España despertara la política, ese día el anonimato de Matilde de la Torre sería roto como yo rompí aquella plica misteriosa.

¿Que si hablaré por medio de nuestro periódico LA REGION a esas mujeres montañesas? Sí, ya lo dije. No hace falta que me expliques hasta qué punto la opinión femenina está equivocada en cuanto a la actuación y programa de nuestro Partido Socialista; hasta qué punto se calumnia nuestro ideario. Lo sé... ¡bien sabes que lo sé! ¡Y si fueran sólo las mujeres...! ¿Pero qué hemos de pedirles a ellas cuando ellos son aún mucho más retrógrados en general? Con simpatía profunda acudiré en tu socorro, pues imagino la clase de lucha que has empeñado. ¿Si aquí, en las ciudades, el error está tan profundamente arraigado, no he de imaginarme las raíces que tendrá en esos campos y montañas? Pero no debemos ser pesimistas. Las mujeres, como tú decías en tu Ensayo sobre Política, por ser más egoístas que los hombres, más apreciadoras del bien inmediato, han de ser más enérgicas en su actuación social, exigiendo el buen gobierno de la igualdad y la fraternidad. Nadie mejor que nosotras sabe lo que hace falta en casa y en la calle. Mucho hemos hablado tú y yo de eso y estamos de acuerdo.

Esas mujeres montañesas que me describes, inteligentes, un poco severas, todas ellas despiertas a la lucha política, son ya un elemento precioso. Poco importa que hoy piensen como pensaban ayer. Es seguro que mañana pensarán de otro modo.

No te desanimes por la incomprensión actual. Ese gesto tuyo de luchadora a la desesperada no ha de perderse. A propósito: He recortado de un periódico tu retrato en un mitin. Me pareces un Savonarola. No olvides, cuando el desánimo te acometa, que la nobleza de tu campaña defendiendo los derechos de esa sociedad que hoy nos combate, ha de ser reconocida en fin. Es que se ignora nuestra doctrina; es que se carece, por lo general, del propio instrumento de conocimiento, que es la ilustración.

Se figuran que vamos al desorden, cuando precisamente vamos al orden indestructible. Pero la empresa es demasiado grande para nuestros días y las vanguardias pueden ser destrozadas. Recuerda nuestras conversaciones en el «Centro de Educación Cívica Femenina», cuando decías: —Estamos como exploradores científicos perdidos en una selva africana. Cuando el ferrocarril, en el tiempo y en el espacio llegue a pasar por aquí, sólo recogerá nuestros huesos. Pero... ¿cómo renunciar a nuestra pasión de exploradores?

Te envidio tu entusiasmo heroico; tu tesón. Un consejo: No gastes demasiado; no te des demasiado. Nos haces falta. ¡Sí!; contra ese extraño pesimismo tuyo que renueva la energía contando con la derrota, opongo yo mi serenidad optimista. ¿No has pensado en que lo probable es que veamos el ferrocarril cruzando la selva?

Te quiero mucho; te admiro mucho.

**MARÍA LEJÁRRAGA DE MARTÍNEZ SIERRA**

**“Cartas a Matilde de la Torre. Las mujeres... «ahora»”,  
La Región (Santander), 3 de agosto de 1932, p. 1**

Queridísima:

Me preguntas con interés mi opinión del momento político, porque justamente supones que él nos atañe a nosotras, a las mujeres, aún más que a los hombres. No está desencaminada tu presunción; nosotras llegamos ahora y tenemos mucho que aprender, y más de prisa; como los chicos que llegan tarde a las escuelas.

¿Mi opinión sobre el momento político español?

Creo sencillamente que el pueblo español ha vivido ausente de la política porque no le importaba. Era para él «cosa de políticos», profesión especial que se ocupaba de intereses no suyos, y sobre [todo] no vitales (el pueblo, como el animal, atiende a su propia vida).

Ahora viene a intervenir porque le va la vida en lo que políticamente se hace, porque la política actual inevitablemente es económica. Si los políticos lo olvidan, el pueblo los destrozará y cogerá las riendas violentamente. (Escepticismo, ausencia, atraso formal y adelanto esencial del pueblo español).

La mujer —caso análogo al del pueblo—, con excepción de la mujer-cacique, ha vivido apartada de la política por considerarla artificio inmoral encaminado a lograr fines perfectamente inútiles. La mujer no es más pura que el hombre en la elección de medios (tal vez más jesuítica que el varón, la hembra está convencida de que el fin justifica los medios); pero en cambio suele exigir que el fin valga la pena de ser logrado. Si la política española sigue siendo meramente «política», la mujer se apartará de ella nuevamente. El varón, político profesional, es posible que diga: «Huyan. ¡Dejen de nuevo el campo libre! Tanto mejor: Un hermanito menos y una ración más... ¡No hay más que once carteras de ministro!».

Pero tú, querida Matilde, has convenido conmigo en que esta esperanza del hombre es vana. Yo creo contigo que, aunque la mujer española volviera a ausentarse de la política, se aferrarían a ella las que, como los hombres ambiciosos, se sintieran atraídas por el éxito brillante, por la intriga, por la codicia económica. Esas mujeres, aunque no llegasen a descubrir la inutilidad de la política como medio de redención social, jugarían la farsa igual que la han jugado los hombres hasta hoy. Por eso estimo que desgraciado el país en el que la política sea utilizada también por las mujeres como profesión lucrativa. ¡Y no debemos envidiar tampoco a los varones en este caso! En la lucha por el alto puesto, la mujer escéptica, desengañada de las virtudes cívicas... ¡esa sí será rival formidable!

En el momento político actual que tú y yo comentamos desde el mismo punto de vista de nuestra causa, hay que reconocer la falta de preparación de la mujer española. Pero esta falta no es esencial sino transitoria.

La mujer española es ignorante, pero no inculta. Tiene los prejuicios de la ignorancia, que se disipan automáticamente con el conocimiento y no son tan indestructibles ni tan de temer como los de la semi-cultura de los otros países. Ignorante, escéptica e inteligente; esa es la amalgama espiritual de nuestras mujeres. Ahora va a empezar a aprender por los hechos, como se aprende a vivir. Las teorías no le hacen falta, ya las elaborará... si le queda tiempo para ello. No quisiera yo que la mujer española se adaptase a lo que se lleva fuera, sino que «crease» lo que en España se ha de llevar.

Una observación final, querida amiga. Observación que espero que tú repetirás si no te convence:

Para mí, la característica femenina es el «odio a lo innecesario»: Estado, Ley, Política...

Y entonces... ¿cómo es posible que casi toda la vida de la mujer se gasta en lo innecesario, en la frivolidad?

Deformación del instinto por la civilización.

¿Opinas conmigo? Espero tu respuesta<sup>30</sup>.

MARÍA L. DE MARTÍNEZ SIERRA

**“Pensando”, *Mundo Femenino* (Madrid), nº 88, diciembre de 1932, p. 2**

El pueblo español ha vivido ausente de la política porque la política no le importaba. Era *cosa de políticos*, profesión especial de unos cuantos españoles indiferentes, a su vez, al interés general y humano de España. Los políticos se ocupaban, y el pueblo lo sabía, en resolver problemas, no del pueblo, y sobre todo, no vitales. Y el pueblo, como el animal, atiende a su propia vida. (Esto de como *el animal* no es censura, sino gran elogio). Ahora viene e interviene, porque le va la vida en lo que, políticamente, se hace, porque la política actual, inevitablemente, es economía. Si los políticos lo olvidan, el pueblo los destrozará y cogerá las riendas violentamente.

La mujer —caso análogo al del pueblo, con excepción del la *mujer cacique*— ha vivido también apartada de la política, por considerarla artificio inmoral encaminado a lograr fines perfectamente inútiles. La mujer no es más pura que el hombre en la elección de medios; tal vez más jesuítica que el varón. Está generalmente convencida de que el fin justifica los medios; pero, en cambio, suele exigir que el fin valga la pena de ser logrado. Si la política española hubiera de seguir siendo meramente *política*, se apartaría de ella, inevitablemente. Ahora se acerca a ella con la esperanza de que va a servir para algo. El político meramente profesional es posible que dijera: ¡Huyen? ¡Dejan el campo libre? ¡Tanto mejor! ¡Una hermanita menos y una ración más! ¡No hay más que once carteras de ministros! Pero esa esperanza sería vana. Aunque la mujer española en general volviera a ausentarse del estadio político, se quedaría en él la arrivista, la sin conciencia, la que no tenga miedo a mancharse las manos, la que habrá descubierto en la política una nueva profesión lucrativa, de fachada honorable hasta en sus deshonras. Y, en la lucha por el alto puesto, ¡ésa sí que será la rival formidable!

MARÍA MARTÍNEZ SIERRA

**“Pensando”, *Mundo Femenino* (Madrid), nº 90, febrero de 1933, p. 3**

... ¿Por qué tan especialmente en España, pocos ni entre los más encopetados, puntillosos y honrados «caballeros» se creen rebajados ni envilecidos al cruzar el umbral del prostíbulo? ¡Ay, señoras, esto es sencillamente cuestión de educación, de

---

30. No hemos hallado la posible respuesta de Matilde de la Torre, asidua colaboradora del periódico, tal vez porque a partir de este artículo, por motivos que desconocemos, deja de aparecer en él la firma de “María Lejárraga de Martínez Sierra”. Los títulos de los artículos inmediatos de Matilde de la Torre son “Cooperativas de crédito” (5-VIII-1932), “Estampas heroicas: Julián” (9-VIII-1932), y “No vayáis, hermanos” (18-VIII-1932), que es un alegato contra la guerra.

mala educación, y aquí es donde ustedes, madres de familia, pueden intervenir eficazmente mientras llega de hecho la hora, que ya ha sonado en derecho, de intervenir en los asuntos públicos y modificar un poco las condiciones económicas de la vida nacional! ¿Quién ha hecho la educación sexual del chiquillo que, apenas hombre, va a donde le llevan? ¿Quién le ha hablado de sus deberes físicos? ¿Quién ha despertado el sentimiento de sus responsabilidades? ¿Quién le ha hecho sentir el respeto que debe a su cuerpo; quién le ha llevado a comprender su dignidad de hombre, y la tremenda significación que para la vida de la especie tiene el que él conserve o pierda la salud? ¿Quién le ha mostrado claramente peligros y vergüenzas? ¿Quién ha procurado velar por su pudor? ¡Ay, madres, tal vez exageradamente preocupadas por la pureza de vuestras hijas!, ¿por qué no habéis pensado alguna vez en amparar y fomentar la limpieza de alma de vuestros hijos?... También al hombre, cuando en la adolescencia es cera blanda, se le pueden inculcar un ideal de continencia y de dominio sobre los apetitos de la carne y de la sangre, una costumbre de limpieza física, un ansia de salud y de fuerza que le imposibiliten para irse a encanallar en el contagio... No con gazmoñerías y melindres, que le hagan reír y burlarse de vuestra candidez, sino poniéndole clara, sencilla y austeramente frente a la verdad cara a cara, a las buenas y a las malas realidades de la vida.

Llegado el hijo a cierta edad, la madre parece tenerle miedo: se inhibe, se aparta, se queda a la puerta de su vida íntima, precisamente cuando más necesaria es su intervención clarividente y misericordiosa... «Vírgenes —dice San Francisco de Sales, hablando a las chiquillas casaderas—, guardad celosamente vuestro primer amor para vuestro primer marido».

...¡Ay, si la madre quisiera y supiera conseguir que guardase su hijo su primera caricia para su primer amor!... Pero ése es el mal: ni sabe, ni, por lo general, quiere. La madre, sobre todo en nuestra tierra, la madre, con celoso desvarío, teme al primer amor del hijo mucho más que a su primera caída... No quisiera que diese el corazón, le tiene a la «pasión» un miedo de novela, y por temor a que cometa «una locura», le deja con perfecta tranquilidad de conciencia, cometer cuatrocientas porquerías.

Da hasta náuseas de lástima considerar el absoluto desamparo moral en que se pierde la juventud masculina de España.

**MARÍA MARTÍNEZ SIERRA**

**“Pensando. No somos iguales”, *Mundo Femenino* (Madrid), nº 91, marzo de 1933, pp. 3-4**

Tenemos, no en España, en el mundo entero, ganado el pleito. De veras no creo que haya varón, por mucho que presuma de superhombre, que se atreva a decir a una mujer, mirándole a los ojos: «¡Soy tu dueño y señor!». Nuestra equivalencia —¡oh damas y galanes!— es verdad axiomática... Digo *equivalencia* porque me dolería decir *igualdad*... Me complace en extremo que las diferencias entre ellos y nosotras sean además de innegables, irreductibles...

La vida sería aburridísima si estuviésemos hombres y mujeres condenados a la monotonía de la uniformidad... ¡Amar en nuestro dulce enemigo nuestra propia imagen!... ¡No poder nunca descansar de nuestra propia esencia!... Sabemos tan de memoria al otro como [nos] sabemos a nosotras mismas... Comprenderle todas las intenciones y adivinar todos los motivos... ¡Horror de los horrores! Más valdría morirse... No, afortunadamente, no somos iguales... por muchos siglos que vayan pasan-

do, por muy doctores en Filosofía que sigan siendo ellos, por muy doctores en Ciencias que nosotras lleguemos a ser, el hecho indudable de nuestra doble naturaleza seguirá ilusionándonos la vida, creando el inefable misterio del sexo contrario, gracias al cual la existencia nos parece enigma, el destino acertijo, el otro... o la otra, esfinge..., cosas todas interesantísimas y divertidísimas... y que además, y sobre todo, nos permiten a ellos y a nosotras la suprema voluptuosidad de sentirnos tan absolutamente superiores... Porque ustedes no podrán menos de haber observado cómo las damas, cuando hablamos de esos caballeros, instintiva e inevitablemente adoptamos el mismísimo tono compasivo y adorante desdén que ellos emplean al hablar de nosotras... Ellos dicen sonriendo: «¡Una mujer!», y nosotras decimos suspirando: «¡Un hombre!». Unos y otras queremos decir: «¡Un deliciosísimo ser inferior!»...

No somos iguales... Pasado el fragor de la lucha por nuestro sitio al sol en este argumento de la igualdad esencial, ha servido como la mejor arma de combate, ya nadie lo pretende ni siquiera finge creerlo... Para lograr que venza el buen derecho, en la guerra se emplea el cañonazo... A nadie se le ocurre seguir bombardeando una vez terminada la batalla... No somos iguales. Lo cual, naturalmente, no quiere decir que un sexo debe estar sometido al otro, ni que la ley ni la costumbre deban hacer absurdas diferencias en el reconocimiento del derecho a poseer, disfrutar, dominar y ordenar todos los elementos de la vida en igualdad y en libertad perfectas... Hay una fórmula que hemos adoptado todos los feministas de buena fe, y que, por el momento, parece ser la más racional: diferencia de función e igualdad de derecho... O lo que es lo mismo: haga cada uno el trabajo para el que esté más capacitado y logren todos los que así se esfuercen el mismo pago en moneda legal. Hombres y mujeres constituimos la especie humana, no digo a medias, porque es bien sabido que hay bastantes más hembras que varones —lo cual, en un régimen parlamentario, nos concedería ventaja a todas luces justa, como lo son todas las supremacías fundadas en mayoría numérica. El número no es la razón, y por lo tanto cada decisión obtenida únicamente por mayoría corre gran riesgo de ser ligeramente irracional... Hombres y mujeres —decíamos— constituimos la especie humana... En su constitución y conservación somos varones y hembras elemento igualmente indispensable y valioso... Por lo tanto, las leyes, que aunque aparentemente regulan la vida de los individuos, en realidad, y fundamentalmente no tienen otro fin que hacer posible la perpetuidad de la vida y de la especie, están obligadas, si quieren ser justas, a conceder al varón y a la hembra igualdad absoluta de derechos, ya que no les pueden negar la equivalencia en eficacia... Mientras la vida humana en la tierra se sustente por obra conjunta, indivisible, equivalente de hembra y varón, hembra y varón deben tener y tienen, en realidad, derecho, uno, conjunto, indivisible y absolutamente igual a todos los bienes que la especie pueda poseer en la tierra... Entre estos bienes están, no hay que decirlo, la libertad, la posesión intangible de la propia persona, el derecho a ordenar la propia vida, sin otra restricción que la impuesta por la propia conciencia o por la ley —mientras las leyes sigan siendo necesarias—, por la conciencia digo, y por la ley decidida a medias, redactada a medias, sostenida a medias, aceptada y defendida de común acuerdo...

Ésta es la razón esencial de la igualdad que exige el feminismo. Todos los demás argumentos que puedan aducirse en su defensa o se refieren a cuestiones de detalle, que no quitan ni ponen en esta razón única, o son sencillamente sofismas más o menos habilidosos, más o menos pintorescos y, desde luego, como ya hemos dicho, útiles disculpables y necesarios para ganar la causa... ¡Conviene defender la justicia con oportunidad y habilidad!

**MARÍA MARTÍNEZ SIERRA**

**“Pensando. Diferencia de funciones... Desigualdad de capacidades...”**  
***Mundo Femenino* (Madrid), nº 92, mayo de 1933, p. 3**

¿Por qué entonces —preguntarán los adversarios del feminismo— se obstinan las mujeres en invadir campos de actividad, hasta ahora exclusivamente masculinos? ¿Por qué ese empeño en ser médicos, abogados, maquinistas de tren, aviadores, ministros, ingenieros, directores de banco...? Si no están absolutamente seguras de servir para todo, ¿por qué antes de lanzarse al asalto no estudian a fondo sus capacidades y definen de una vez para siempre las actividades que les pertenecen? ¿Por qué lo exigen todo, lo quieren todo, afirman su derecho a todo en confusión caótica que a los hombres altera, solivianta y perjudica y a ellas les depara la humillación de incontables fracasos?...

Oficios masculinos... oficios femeninos... ¡Perfectamente! Definan ustedes, señoras, definan ustedes antes de meterse donde no les llaman... A esto cabe contestar con dos razones. Una esencial y otra accidental... Las dos absolutamente reales. Razón esencial: las clasificaciones «a priori» o lo que es lo mismo, teóricas, corren grandísimo peligro de ser inexactas... Antes de decidir hay que experimentar. La experiencia es el fundamento de la ciencia: muchísimo más que del libro nos fiamos del laboratorio... Cierto que hay espíritus superiores, imaginaciones privilegiadas que, al parecer, inventan una teoría, descubren una ley, arrancan por genial deducción uno de sus secretos a la naturaleza... Cabría, desde luego, discutir si lo que se llama «invención» no es en todos casos resultado de la observación, es decir, de la experiencia inconsciente o semiconsciente. El espíritu entrenado en la rebusca de la verdad observa hasta cuando no mira, anota hasta cuando parece dormir. Y aun admitiendo el hallazgo genial, el salto a la verdad sin trampolín de rebusca previa, no hay descubridor que se respete, que una vez vislumbrada la ley no se apresure a comprobarla con el experimento...

Por lo tanto, para decidir si nosotras, mujeres, servimos para esto, para aquello, para lo de más allá, no hay más remedio que dejarnos probar. La experiencia nos dará alegrías y desilusiones..., sorpresas desde luego... Muchas actividades que hoy se tienen por eminentemente masculinas vendrán a nuestras manos; muchas de las que hoy afectan desdeñar los varones por creerlas esencialmente femeninas y por ende humillantes pasarán de las nuestras a las suyas...

Dirán los prudentes: ¿Por qué han de malgastarse tiempo y actividad en probaturas que pueden fallar? A esto respondemos las imprudentes ilusionadas: La humanidad es todavía joven y por lo tanto bien puede permitirse un poco de prodigalidad. Incontables varones malgastan inapreciables tesoros en probaturas de toda índole. ¿Creen ustedes que todo hombre que acepta una cartera está absolutamente seguro de que sirve para Ministro? El buen señor prueba; si acierta, se alegra; si fracasa, no se muere de pena; lo cual demuestra que el tiempo y la actividad mal gastados en la probatura no le causan el menor remordimiento... ¿Hemos de ser nosotras menos valientes que ellos? ¿Hemos de dejarnos desalentar por escrúpulos de conciencia que a ellos no les causan desaliento alguno? ¡De ninguna manera!...

Razón accidental, o si se quiere oportunista... No hay que confundir lo que pedimos con lo que deseamos conseguir. No hay que figurarse que el camino que andamos —porque no hay más remedio que andarle— es el fin a que queremos llegar... Lo que deseamos, ya lo hemos dicho, pero conviene repetirlo, es lograr la igualdad de derecho, libertad, dignidad, honra y provecho con el varón... No nos vuelve locas precisamente la idea de ser abogadas, no hay ninguna mujer que crea ni por un segundo en la necesidad ni en la eficacia de la ley escrita; no nos pone

en éxtasis la perspectiva de pasarnos el día haciendo cálculos en la mesa directorial de un banco... No renunciamos con delirio de gozo a la misión, no me atrevo a decir fundamental, pero desde luego gratísima de dar al mundo tres o cuatro hijos sanos y de criarlos, educarlos, adoctrinarlos, abrirles los caminos de la vida y mirarlos adelantar por ellos con el orgullo de decir: Esa es mi obra y mi obra es buena.

Cuando nuestro trabajo de mujeres nos dé la misma ganancia, la misma dignidad, la misma consideración ante la Ley y frente a la costumbre que los trabajos tenidos por masculinos dan a los varones, no habrá miedo de que vayamos a ejercer actividades contra naturaleza... Trabajaremos, desde luego, en lo que nos agrade y nos convenga... Si diera tanta honra y un sueldo equivalente preparar una buena comida como enredar un pleito, yo, personalmente, sin un segundo de vacilación, echaría a correr a la cocina...

MARÍA MARTÍNEZ SIERRA

**“Pensando”, *Mundo Femenino* (Madrid), nº 93, junio de 1933, pp. 2-3**

Amigos: dado el universal y urgente anhelo que a todos, hombres y mujeres, nos acompaña, angustia y esperanza de la cuna al sepulcro, parece deducirse lógicamente que para ser felices hemos nacido.

¿Lo somos? ¿Podríamos serlo? ¿Es tal vez imposible que lo seamos? En mi humilde opinión bien podríamos todos alcanzar felicidad si no enloquecedora, suficiente con sólo poseer en su plenitud un único tesoro: LA LIBERTAD. La esclavitud es la única desdicha que realmente merece ese nombre. LIBERTAD, pues, igual a FELICIDAD... ¿Les parece a ustedes demasiado amplia la ecuación? No lo es... Para demostrárnoslo, si acaso hubiera necesidad de demostración, pensemos un instante en lo que la palabra LIBERTAD significa y sobre todo en los accidentes que pueden limitar, impedir, invalidar su normal ejercicio... Podemos definir la libertad diciendo: Perfecto derecho a hacer lo que nos dé la realísima gana, y más humanamente: Posibilidad de hacer en cada caso lo que más nos convenga... En resumen y en verdad: Dominio absoluto (autocracia, si a ustedes les place la palabra) de nuestra propia voluntad... Todos, dice un refrán español, llevamos un rey en el cuerpo... El caso está en que el bueno del monarca pueda reinar..., es decir, hacer lo que bien le parezca, es decir, ser libre dentro de sí mismo... Y en los alrededores...

¿Qué cosas, qué accidentes, son capaces de impedirnos ejercitar este indudable derecho...? Dejamos de ser libres por no poder, por no saber, por no querer serlo...

El mayor enemigo de la libertad es la necesidad... Levantado y audaz pude ser el vuelo del deseo, decidido el propósito, pujante la voluntad de realizarle... La necesidad nos corta las alas... Queremos, no podemos... ¿qué remedio sino sufrir la humillación del yugo? La necesidad, es decir, la esclavitud, adopta tres formas principales: falta de salud, falta de conocimiento, falta de dinero... La falta de salud esclaviza y aherroja el cuerpo... ¿De qué nos sirve querer volar cuando la carne enferma nos obliga a arrastrar peso de plomo...? ¿Dónde irá el alma condenada a llevar a remolque la insoportable pesadumbre del cuerpo doliente...? No hay voluntad posible donde el cuerpo no puede cumplir el mandato.

La falta de conocimiento, es decir, la ignorancia, esclaviza el espíritu... De poco han de servirnos fuerza y voluntad si nos falta el conocimiento... El ignorante es pródigo de su fuerza a destiempo, avaro cuando no es menester, ciego siempre... El que no sabe es como el que no ve... Además de no ver, suele ver visiones... Yerra el camino, confunde lamentablemente el medio con el fin, hace frente obstinada y



temerariamente al obstáculo real y huye ante los fantasmas... es terco neciamente y no sabe querer... Defiende su capricho y suele renunciar a sus derechos... La necesidad le sujeta tal vez más implacable que al enfermo...

La falta de dinero esclaviza a un tiempo el cuerpo y el alma... Triste cosa ha de haber sido siempre la pobreza... En el tiempo presente es cosa insoportable. Antes la riqueza estaba constituida por bienes efectivos: tierra, frutos de la tierra, animales, productos que de ellos pudieran obtenerse... El rico poseía realidades; de ellas —al cabo sustancia material— no faltaban a veces particillas que pudieran acaso disgregarse y caer en las manos del pobre, remediando su necesidad... Hoy las grandes riquezas son cifra y mero nombre... La hacienda está pintada en lindos pedacitos de papel. De ellos los hay tan bien cifrados, numerados, sellados, estampados y señalados con el nombre del poseedor que ni aun robándolos puede el necesitado apropiárselos... Altos muros pueden guardar un huerto, ferradas puertas custodiar un granero... mas la necesidad bien puede dar arrojito para saltarlos y quebrantarlos... Toda la desesperada resolución del hambre es impotente contra un nombre escrito... Papel podrá robar un desdichado que, valiendo un millón, no le permita matar con un pedazo de pan el hambre de sus hijos... La pobreza moderna, la falta de dinero en una gran ciudad ultracivilizada, es la forma más absoluta, negra e irremisible de la esclavitud...

Resumamos: sin salud, sin ciencia, sin dinero no hay libertad, es decir, ¿no hay felicidad!... La incomparable fórmula de Baltasar Gracián: «Sano, sabio, santo», podría modificarse hoy diciendo: «Sano sabio, rico...».

Enfermedad, ignorancia, pobreza..., armas de tiranía con las cuales se anulan las voluntades..., lepras que corroen el cuerpo de la humanidad... La civilización contemporánea —obra exclusiva de manos de varón las ha producido y es al parecer impotente para remediarlas... Y no por falta de buena voluntad... No me atrevería yo nunca a afirmar que tantos pensadores, reformadores, filósofos, soñadores, maestros no hayan sido sinceros en sus leyes, en sus teorías, en sus enseñanzas... Lealmente, ilusionadamente, muchos han esperado que lograrían implantar en la tierra el reino de Dios..., muchos han dado testimonio elocuente de su sinceridad con el sacrificio de la propia vida... Mártir quiere decir simplemente testigo... Y con sangre de mártires está escrita la Historia... ¿Cómo es posible, si la sangre vertida por una justa causa, riega como dicen y hace germinar la semilla de la Justicia, cómo es posible que después de tanta y tan generosa sangre derramada hayamos venido a parar a la monstruosa amalgama de iniquidad que es a la hora presente la vida del género humano en la tierra? Amigos... con ustedes los hombres quiero hablar, puesto que si ustedes sin oficial intervención nuestra han creado la civilización, con nosotras la padecen ustedes y tan intolerablemente como nosotras... Hombres, hermanos... no sé si el Supremo Hacedor al crear al primero de ustedes, tenía todavía el espíritu acostumbrado a crear ángeles. Lo cierto es que aunque (sigamos la versión mosaica), lo cierto es que aunque formó al hombre primero del barro de la tierra, no le infundió un espíritu muy apropiado para vivir en ella. Tal vez soñó que nunca había de salir del Paraíso... Cuando plasmó a la primera mujer, ya sin duda había bajado por completo de las nubes, y Eva se dio cuenta inmediatamente de una porción de posibilidades que a su amantísimo esposo no se le habían pasado por el pensamiento: entre otras, de la interesantísima posibilidad —Eva fue la primera feminista— de salir del jardín maravilloso, donde como todo estaba previsto y provisto, no habría nunca nada que hacer... A la grata sombra de las palmeras y adelfas paradisíacas, Adán era feliz, sin duda, especulando, soñando teorías admirables e irrealizables, edificando alcázares de razonamiento... Puesto a inventar,

inventó la Gramática —preciosísima y sutilísima inutilidad— y dio nombre a cuantos animales le rodeaban. Después de esta gloriosa hazaña, sonrió satisfecho...

Eva, entre tanto, sentía dentro del corazón el insaciable gusanillo del tedio... ¿Qué hacer en las interminables horas de la felicidad, desocupada e inmutable? Las especulaciones de Adán le parecieron siempre juegos de niño... ¿Para qué si no hay por qué? —le decía la urgencia creadora y adaptadora de su sangre de hembra... El nombre que pudieran tener los seres vivos siempre la tuvo absolutamente sin cuidado. ¿Qué podría importarle que el gracioso animal, que perezosamente calentaba al sol el terciopelo de su piel se debiese llamar cebra o antílope? Lo que le interesaba a ella, disfrutadora y apreciadora de realidades, es que la piel listada fuese suave al tacto, bella de mirar, grata de acariciar.

En el inmarcesible esplendor del jardín, verano prodigioso y rico en todas las flores de la primavera y en todos los frutos del otoño, la primera mujer se aburría prodigiosamente... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Si al menos alguna de las plantas del jardín se pusiese enferma... Si uno de los perfectos animales estuviese herido... Habría que cuidarla, habría que curarle... El deseo le habló de la semilla, del grano al parecer inerte que hay que enterrar, que hay que atender, de la germinación que hay que esperar teniendo... Esperanza y temor... la sal, la hiel, la miel de la vida... En aquel mundo adulto y admirable alargaba los brazos vacíos...

La serpiente, es decir, su propio anhelo, le habló del hijo que podría saltar de gozo entre ellos...

Por eso, cuando la indignación divina les arrojó del jardín y les condenó a vida perpetua, Adán volvía tristemente la vista atrás, y Eva, con la mirada en tierra, iba considerando el camino que andaban, y dándose cuenta de los pocos o muchos recursos que pudiera ofrecer... Por eso —creo yo— que puestos a organizar la vida en esfuerzo común, el hombre —con nostalgia del Edén— propone perfecciones imposibles y la mujer, con amor maternal hacia la tierra, sugiere aprovechamientos realizables...

Los dos, desde luego, sienten el mismo anhelo de felicidad, idéntica hambre y sed de justicia..., pero ellos las quisieran descubrir en el cielo y para ir a buscarlas saltan sobre el Pegaso de los ideales...; nosotras sentimos que están en la tierra y para arrancárselas guiamos el arado de las realidades...

Y este es, hermanos hombres, este es el elemento de verdadera utilidad que las mujeres queremos aportar a la tarea de regir el mundo a medias con ustedes: el sentido de la realidad...

**MARÍA MARTÍNEZ SIERRA**

**“Pensando”, *Mundo Femenino* (Madrid), nº 94, octubre de 1933, p. 3**

El sentido de la realidad... No le tengan ustedes por despreciable. No lo es... Repasando de historia de la vida del hombre en la tierra con imparcialidad y desapasionamiento, no podemos menos de observar que la mayor parte de los males que nos la estropean, de las iniquidades que la deforman, de las injusticias que la entristecen, tienen origen, no como pudiera pensarse y como apasionadamente se proclama a veces, en una diabólica mala voluntad, sino en una ley inspirada en un ideal más o menos noble, pero absolutamente irrealizable... Ya San Pablo dijo: «La ley hace el pecado». Y es cierto. Sin el artificio de las leyes, sería muy difícil pecar. La absoluta inocencia del delincuente es en numerosísimos casos no sólo evidente sino real y efectiva... Aunque haya sabido que faltaba a la ley y la haya quebranta-

do con plena voluntad de infringirla... A todas horas estamos casi todos faltando a algún precepto. El que no haya pecado, puede tirar la primera piedra.

¿Por qué esta universal e irremediable delincuencia? Para explicarla, los hombres, desdeñando la evidencia clara, se han creído obligados a inventar filosofías: El hombre nace malo, el hombre nace bueno, pero al salir al mundo tropieza con la mancha de un pecado específico que le envenena la voluntad... El hombre... ¿A qué seguir? Ustedes todos saben mucho más de memoria que yo las incontables sutilezas en que se ha divertido el pensamiento masculino para inventar una verdad que se aleje de la realidad lo más bellamente posible... ¡Siempre buscando el perdido Edén! O tres pies al gato, que es lo mismo... A las mujeres, en cuanto nos ponemos a pensar, nos impacienta un poco este abuso varonil del ideal irrealizable... ¿Por qué? ¿Acaso no es noble y digno de respeto poner la mira en alto? Aunque desde luego sepamos que es inalcanzable la cumbre, ¿no ha de purificar-nos la voluntad el intentar la ascensión imposible?...

«Dejad que su ideal sea mayor que sus fuerzas. Todo ideal debe ser inaccesible. Ya que no podamos volar a la altura, que al abrir nuestros brazos en aspiración de infinito, nuestros brazos parezcan alas... Si empequeñecemos nuestros sueños, ¡qué mezuquina será nuestra vida!».

Cito estas bellas palabras de Jacinto Benavente, porque a mi parecer, son representativas de la generosa ilusión masculina... Aspirar a una perfección que no se ha de lograr, señalarse una meta que no se ha de alcanzar, soñar con un Empíreo en que no se ha de entrar... Todo ello puede ser muy poético, pero es sin duda alguna, perjudicialísimo.

Como le es absolutamente imposible llegar al ideal que se ha propuesto, el hombre está obligado a pasarse la vida perdonándose el no haberle alcanzado, y no hay nada más desmoralizante que el perdón repetido..., sobre todo si el perdón le otorgamos nosotros mismos a nuestra propia flaqueza.

A fuerza de traicionar el ideal —por el que muchas veces da la vida, pero al que es incapaz de ajustar su vida—, a fuerza de hacer a diario y aun muchísimas veces al día las que él llama concesiones a la realidad, el hombre ha llegado a crear un estado de cosas, no sé si decir inmoral o absurdo: las organizaciones sociales, las leyes, las instituciones, las doctrinas que teórica y oficialmente rigen su vivir, son arquetipos de perfección, modelos de justicia absoluta. Las relaciones entre seres humanos están fundadas en la suposición y aceptación de la más pura caridad. Todos somos hermanos y todos herederos de un mismo reino... ¡Libertad, igualdad, fraternidad!, proclaman las banderas de las patrias. ¡Caridad, igualdad, fraternidad, humildad!, claman los directores de la humana conciencia... ¡Ama a tu prójimo como a ti mismo!... ¡Todos somos iguales ante la Ley!... ¡Todos tenemos derecho a la vida!... Ésta es la teoría... De la práctica... no es necesario hablar... De sobra sabemos que nuestro cotidiano vivir se parece al ideal purísimo que hemos aceptado como norma y al que hemos prometido someter no solamente nuestros actos, sino nuestros deseos como una gota de agua a una perla falsa... ¿Quiere decir esto que todo ser humano es embustero, hipócrita, traidor, despreciador práctico de lo que en teoría reverencia, maestro en ocultar su villanía con el artificio de una palabrería, cómplice e instrumento de su mala intención? No, señores... Esto quiere decir, sencillamente, que el hombre se ha dado el lujo lírico de legislar, codificar, teorizar la vida fundándola en el ideal irrealizable de una soñada perfección... Ha hecho su religión de su sueño, y a la hora de vivir no tiene más remedio que ser apóstata..., a menos que decida ser mártir... Caso poco frecuente...

A las mujeres —ya lo he dicho— nos impacienta un poco y aun un mucho esta constante e innecesaria contradicción entre lo que se «debe» y lo que se «puede»... Estamos fatigadas de escuchar los discursos en que se proclaman principios que nada han de empezar y se definen sendas que no han de llevar a ninguna parte... Estamos cansadas de enseñar a los hijos una moral que está en contradicción palmaria y evidente con la conducta de sus padres... Estamos hartas de perdonar y hacernos perdonar de delitos que estamos bien seguras de que no son culpas... No podemos seguir sufriendo con paciencia lo convencional, lo innecesario, lo ilógico..., no porque todo ello nos parezca inmoral —¡no somos más perfectas que los hombres!—, sino porque todo lo que es innecesario, ilógico, embustero, significa un malgaste de energías, un desperdicio inútil de realidades aprovechables... ¿Por qué ya que vivimos en la tierra y de ella no podemos salir, por qué no bajar de una vez a la tierra y aprovechar lógica, humana, racionalmente las posibilidades que nos ofrece?... ¿Por qué no entrar con toda sinceridad dentro de nuestro propio ser y aprender de una vez ¡con humildad! lo que podemos y lo que no podemos? ¿Por qué no hacer una moral posible, por qué no dictar una ley practicable, o por qué no implantar una organización digamos social de funcionamiento tan lógico y humano que haga innecesario el artificio de la ley?

Éste es el esencial anhelo femenino... Libertar a la vida, si es posible, del ideal contra naturaleza... Desde luego, nuestro oficio de madres... ¡No renegamos de él!; pero exigimos que el absurdo y la contradicción no sigan impidiéndonos desempeñarle como se debe... Tener hijos en paz, criarlos en salud y abundancia, verlos vivir de acuerdo con la vida... ¡Sí! ¡La vida es nuestro imperio! No quiero decir, porque no lo sé —y no quiero caer en el absurdo masculino de afirmar como cierto lo que ignoro—, no quiero decir que esta vida terrena no sea camino para otra mejor... Acaso... sí... camino, senda, carretera, atajo... pero puesto que le hemos de andar, ¿por qué tenerle tan mal empedrado?

MARÍA MARTÍNEZ SIERRA

**“Pensando. Realidad”, *Mundo Femenino* (Madrid), nº 90, febrero de 1933, p. 3**

¡Realidad, realidad, realidad a toda costa! Pero dirán ustedes —¿no se rebajará el nivel de la vida si la despojamos del divino imposible? Esta aspiración de incubadora próspera, ¿no trae consigo el riesgo de ahogar definitivamente la espiritualidad indudable e innegable, pero ¡ay, tan frágil! de la especie humana?... Es cierto, un hombre gran pensador ha dicho: «Elige el deber que tengas más cerca»; y esto parece en cierto modo dar razón a la teoría de las posibilidades como fin preponderante de la humana actividad... Pero ¿es que las posibilidades más útiles no se han encontrado —inventado, puesto que los dos verbos bien se pueden tener por sinónimos— precisamente gracias a la desatinada búsqueda de lo imposible? La ciencia química a la que con tanto apasionamiento parece quererse acoger y consagrar la mujer moderna<sup>31</sup>, ¿no es resultado de la vieja Alquimia, delirio del hombre hace unos pocos siglos?... Sin la aspiración, al parecer en sus comienzos irrealizable y hasta satánica de comprender los movimientos de las estrellas, ¿se hubiera hecho posible el arriesgado empeño de Colón, gracias al cual pudieron llegar a los hogares europeos el café, las patatas, el azúcar y otra porción de sabrosas materia-

31. Referencia evidente a Marie Curie (1867-1934), Premio Nobel de Física en 1903 y de Química en 1911, cuyos éxitos científicos tuvieron amplia resonancia en España.

lidades?... ¿No es precisamente la promesa de un cielo al que hombres y mujeres tienen un derecho igual, la que ha dado cimiento y posibilidad a la reivindicación de una igualdad factible y necesaria hasta en la tierra misma?

Y ustedes, señoras, al venir a ayudarnos en la tarea de regir el mundo, de amasar el pan de la futura humanidad feliz, ¿nos ofrecen como gran reforma precisamente la supresión de la maravillosa levadura por la cual y merced a la cual vale la pena de vivir? ¡Nuestro imposible, nuestro amado imposible, nuestro consolador imposible, único refugio contra el insoportable tedio de la vida!

Afortunadamente, no se trata de eso. De poco serviría que viniésemos a compartir la tarea si al aportar a ella la especialidad de nuestro esfuerzo quisiéramos anular las características del esfuerzo del hombre... No queremos venir a suplantar su actividad, sino a completarla. La actual organización del mundo no nos parece lamentable por equivocada sino por incompleta... Venimos a ofrecer lo que no hay, no por cierto a suprimir lo que existe... Tan inicua y tan ineficaz sería una civilización de sentido absolutamente femenino como lo es la actual de sentido exclusivamente masculino.

Confíesenos la organización, la repartición, la adaptación de los bienes materiales del mundo, póngase en nuestras manos real y efectivamente con libertad y responsabilidad la custodia de la vida humana. Exíjansenos toda la ciencia, todo el estudio, toda la lealtad y consagración que son indispensables para cumplir la misión esencial... y conságrese el hombre enhorabuena al arriesgado, incierto y apasionante vuelo de la especulación para la que, indudablemente, posee en general capacidades que a nosotras, en general, nos faltan... sueñe enhorabuena... y cuéntenos sus sueños como descanso y premio a nuestra labor... El fin de la esclavitud femenina marca el comienzo de la libertad masculina... ¡Si supieran ustedes, señores hombres, el deseo que las mujeres, orgullosas de serlo, tenemos de que ustedes puedan ser libres...! ¡Si pudieran ni sospechar siquiera las maravillas que esperamos de su actividad cuando no esté torcida y aherrojada por la necesidad de ganarnos el pan a nosotras y a nuestros hijos...! ¡Si supieran ustedes cómo nos gustaría mantenerlos sin que el sudor del padre nos amargara la miel que quisiéramos ponerles en el pan...!

Estamos muy cansadas de oír: «La mujer y los hijos son la piedra que el hombre lleva atada al pescuezo!»... Nos duele escuchar a todas horas: «El artista no se debe casar; el filósofo no se debe casar!»... Nos ofende y amarga precisamente porque sabemos que tiene mucho de verdad la afirmación con que descarga el hombre su conciencia de todas su más viles conclusiones... ¡Si no hubiera tenido mujer e hijos...! Por ellos roba, por ellos traiciona, por ellos rebaja su labor y vende su alma... ¡No más, no más cortar las alas a la Quimera...! Tomemos nuestra parte en el trabajo de vivir... Dejemos libre al hombre para grandes hazañas... Mientras nosotras, con orgullo humilde, cuidamos de la vida en la tierra, él libre de la carga secular acaso nos descubra el medio de llegar a otro planeta... ¡donde sea posible la perfección...!

MARÍA MARTÍNEZ SIERRA

**“Casas del Pueblo y madres del pueblo”, Extraordinario de *El Socialista* (Madrid), 1 de mayo de 1933, s/p**

*Para Matilde de la Torre, madre y maestra de las Casas del Pueblo campesinas.*

París, 9 de abril. Las Tullerías (es decir, Los Tejares). Día de primavera, que bien pudiera ser andaluza. Cielo de limpio azul y diecinueve grados al aire libre. No hay

palabras que puedan dar idea de la dulzura de vivir que está en el aire de este jardín, levemente empañado —es mediodía— por la bruma que sube del río. Porque, compañeras, este jardín está plantado a la orilla de un río, el Sena, aquí, en el mismo corazón de la capital de Francia.

Es un jardín tan prodigiosamente bien ordenado, que parece un salón —masas de árboles, flores sobre tapices de bien cortado césped, estanques con claros surtidores— y está habitado por un pueblo de estatuas y otro de pájaros. Digo «habitado» porque los pájaros están aquí en su casa y recorren «a pie», con aire de propietarios, las verdes alfombras y las sendas que las rodean, desdeñando el volar, tal vez por evitar, si suben al aire, la tentación de alejarse. Y las estatuas, colocadas unas a ras de suelo, otras en pedestales bajos, parecen también que andan y corren por el jardín... Y, al fondo, está esa maravilla de piedra que se llama —mejor dicho, que es— el Palacio del Louvre.

Quise enviaros una fotografía que os pudiera juntar un momento conmigo en la emoción de la ordenada belleza que forman la inmensidad del palacio y la gracia perfecta del jardín; pero no he hallado una que lo abarcara todo. Ahí van dos, sin embargo<sup>32</sup>. Una es el detalle de un ángulo; otra, el palacio entero, visto por el fotógrafo desde un avión. Falta el jardín; falta, claro es, el aire de nácar; falta el sol rebrillando sobre el río; falta el prodigio de la mole de piedra labrada, casi viva a fuerza de hermosura y de equilibrio.

Sentada en un banco, junto a un estanque, envuelta en el silencio dominical, pensaba yo despacio: Palacio de reyes... erigido por reyes... Los reyes se van, porque el pueblo llega... Esto han dejado... esto ha heredado el pueblo justamente, ya que si esta belleza monarca la quisieron y soñaron, sólo el pueblo la dio realidad con su trabajo y con su pena. ¿Quién cavó los cimientos en Los Tejares? ¿Qué manos picaron y labraron la piedra? ¿Quién plantó los jardines y condujo las aguas a los surtidores? Mas —muchos dicen— obra de reyes, obra de grandeza. Obra de pueblo sometido a la fuerza y por hambre; soberbia y dolor; pero belleza pura, resultante de la amalgama tiranía-servidumbre. El pueblo soberano ya no dará el esfuerzo para obras de tan alta hermosura.

¿Y por qué no? ¿Por qué no ha de alzar el pueblo sus palacios? ¿Obra de tiranía? De soberanía. Ésa es la verdad. Alzará sus palacios el pueblo soberano, como otros soberanos los alzarán; sentirá la belleza cuanto tenga consciencia de su poder, como otros poderosos la sintieron; la necesitará lo mismo que otros la necesitaron. Pues qué, ¿acaso los «malditos de la tierra» no son hombres también?

Tendrá sus palacios. Aquí está el primero: la Oficina Internacional del Trabajo, en Ginebra. También es bello, con belleza nueva; también se ha edificado a la ori-

---

32. El artículo va ilustrado con siete fotografías, tres en la primera página y cuatro en la segunda. De las de la primera, sólo una corresponde a una vista aérea del Louvre, con esta leyenda para las tres: "En la fotografía de la izquierda, el lector puede contemplar una magnífica vista del Palacio del Louvre, que la riqueza y el poder de un soberano hizo levantar. Pero ved arriba la línea severa, magnífica, del edificio de la Oficina Internacional del Trabajo, en Ginebra, y abajo, la sala de Consejos. La ilustre María Martínez Sierra explica, lector, cuál ha sido el poder y la riqueza que ha hecho levantar este Palacio del Trabajo". Las cuatro fotos de la segunda página corresponden a las Casas del Pueblo de Puenteáreas, La Romana, Yecla y Baracaldo, con este comentario: "¡Casas del Pueblo! Edificios modestos levantados para cobijar a diario los afanes idealistas de puñados de trabajadores abnegados. El esfuerzo obscuro de estos hombres ha ido sembrando el suelo de España de estos nuevos templos de la fe. En ellos se conforta a diario el espíritu para la lucha. ¡Casas del Pueblo de Puenteáreas, de La Romana, de Yecla, de Baracaldo! Traen a estas páginas el recuerdo de millares de Casas del Pueblo, donde la mujer ha entrado y pronto hará notar su espíritu maternal".

lla del agua... Y está pagado, no por tesoros reales amasados en el sudor ajeno, sino céntimo a céntimo, por contribución voluntaria y voluntariosa de los trabajadores del mundo. Éste es el primero, y es modesto aún, hecho del sacrificio de infinitas pobrezas... ¡Cuántos habrá y qué noble expresión alcanzará en ellos la soberanía de los que trabajan! ¡Cuántos habrá! ¿Sabéis, compañeras, adónde se me escapa el corazón esta mañana? A las Casas del Pueblo de tantas ciudades, de tantas villas, de tantos pueblecillos españoles. A las más pobres, a las más infelices... Recuerdo —no lo olvidaré nunca, porque es la primera en que he podido hablar con vosotras y para vosotras— la de San Miguel de Salinas, una noche de mayo. Pequeña, pobrísima; llena a aquella hora de mujeres, igual que un corazón lleno de penas, en época de paro, y hasta de hambre, pero hirviendo en pasión y en esperanza. Recuerdo otra, también en Levante, al atardecer, con su patio chiquito, enlosado, al cual da sombra una pomposa higuera. Otra, que es una nave desnuda, encalada, alta, reluciente de pobreza limpia... Recuerdo un salón de actos que es un corral, en que por todo asiento está la tierra dura y por todo techo el cielo estrellado. Y otra, de montaña, a la cual apenas se puede llegar, porque ha llovido tanto que las calles pendientes y sin empedrar se han convertido en torrenteras. Y tantas otras, en las cuales he entrado con tristeza rebelde y de todas las cuales he salido con esperanza, en todas las cuales me hubiese querido quedar para mucho tiempo, con vosotras, mujeres, compañeras, que habéis empezado a acudir a ellas, para deciros allí mismo cómo vosotras tenéis que convertirlas en hogares para vosotras y para los vuestros; cómo, mientras sigan siendo tan pobres, de vosotras depende que sean buenas, que haya en ellas limpieza y orden y alegría, respeto al bien hablar y al pensar prudente, compañerismo y lealtad, conciencia y constancia; cómo podéis, en ellas, enseñar a los hombres a emplear las horas desocupadas a ir embelleciendo el hogar común, en pintar las paredes y tallar las puertas, en plantar en el patio un árbol más y en el corral una frondosa parra; cómo podéis, hoy una y mañana muchas, labrar encajes para vuestras ventanas, mientras ellos van haciendo los muebles para vuestros «salones».

Ya veo las Casas del Pueblo en Levante plantadas a la sombra de las palmeras, con frescos pórticos y fuentes cantarinas, o tendidas a la orilla del mar, en terrazas que bajan a las playas, con toldos de colores tejidos por vuestras propias manos. Y en el Norte, ya veo la fogata en la chimenea, que alegra las veladas de invierno en la sala grande, que es una gran cocina cooperativa, que os libró, compañeras, de la tristeza de cocinar a solas, en el hogar vacío, mientras el hombre estaba en la taberna, y convirtió el modesto yantar en fiesta y quién sabe si en danza. ¿No suena en el rincón la caja de la radio o —fortuna mayor— la gaita incitadora y el tamboril cazarro y socarrón? Y esta otra noche, ¿no callan las guitarras en la Casa del Pueblo andaluza, porque hay una camarada que viene de muy lejos a contaros lo que ha visto en la lejana China o cómo se las arreglan en los largos inviernos del Norte extremo o del extremo Sur para alegrar las noches bajo la nieve, con la ilusión de vuestros naranjos?

Compañeras, madres del pueblo: antes de que los hombres puedan hacer de la Casa del Pueblo un palacio, convertidla vosotras en hogar. Haced reinar en ella al mismo tiempo el silencio y la conversación, el estudio y la risa; cuidado en ella del fuego; abrid el libro; poned sobre la mesa el mantel blanco, el jarro de agua fresca, la lámpara y la maceta en flor, que sea tan vuestra, puesto que vosotras la habréis cultivado, como el chiquillo que ríe mirándola y que alarga las manos hacia ella.

**MARÍA MARTÍNEZ SIERRA**



**“La higiene mental en el hogar”, *Democracia* (Jaén), 26 de mayo de 1933, p. 4**

Quiero tratar este tema de la higiene mental, tan espinoso y tan desagradable, sólo en nombre de mi horror a todo lo normal. No podría tratarlo técnicamente, pues no poseo conocimientos ni autoridad para ello.

La salud mental es equivalente a equilibrio mental. Todo aquello que venga a romper ese equilibrio —exaltaciones, depresiones, excitabilidad, melancolía, agresividad, indiferencia— constituirá una falta de equilibrio correspondiente a un estado mental deficiente.

Para todos estos estados hay un nombre, un «hiper» o un «hipo», en Medicina. Yo, mujer ignorante, doy a los fenómenos su nombre vulgar.

Todos son «estados anormales», enfermedades más o menos graves.

Y hay que atenderlos teniendo en cuenta que son irremediables, pero dirigibles, atenuables, modificables y hasta «utilizables».

El ser humano es un «valor» y un «material».

Nunca una piedra se transformará en tronco de árbol por mucha ciencia que se emplee en procurar la transformación, pero con ambos se pueden hacer habitaciones perfectas y obras de arte.

Nunca un apasionado de nacimiento se transformará en un apático. Pero con un apasionado, serenándole, puede obtenerse un realizador, un creador de primer orden. Un apático a quien se logre despertar, interesándole en cualquier aspecto vital, por su carácter contemplativo, puede convertirse en un filósofo, un investigador, un paciente trabajador de laboratorio.

Los medios y el proceso de estas modificaciones y utilizaciones son, en suma, «una educación».

¿Quién ha de hacerla? La madre, «en complicidad» con el médico.

Los problemas médicos no son de mi competencia y, fuera de la higiene elemental, no puedo aconsejar nada.

En los psicológicos, ya voy a permitirme opinar.

¿Qué necesita el espíritu para formarse en equilibrio? 1º, «Paz»: La madre tiene que pacificarse y que dominarse porque sin el perfecto dominio de sí misma, sin una plena serenidad, no podrá nunca dirigir ni formar un espíritu equilibrado. 2º, «Justicia»: La madre ha de ser inflexiblemente justa. Nada hay que hiera con más fuerza la exquisita sensibilidad del niño que verse tratado injustamente. El niño víctima de la injusticia es triste esencialmente y reacciona contra ella, según su temperamento, en una de estas dos formas: pesimismo o arrogancia. O será en adelante un ser débil, con un deplorable concepto de sí mismo y de los demás, o será un rebelde que contestará a cada injusticia con una violencia, tanto más desproporcionada cuanto no conoce ni le fue dada la medida equilibrada de la justicia. 3º, «Seguridad»: La madre debe serenarse. La madre ha de ser fuerte y sonriente. Ningún accidente (caídas, golpes) debe parecer grave ante su presencia. Y nunca le debe temblar la mano para curar la herida. Todos los «desequilibrios» de la madre son nerviosismos para los hijos. La madre debe vigilarse constantemente si quiere influir psicológicamente en sus hijos.

En cuanto a los medios higiénicos, son dos los más principales: interés y conciencia.

Tener al niño y al adolescente fuertemente (si es posible, apasionadamente) interesado por algo que le aparte de sí mismo como centro morboso de atención: estudio, lectura, *sport*, una actividad creadora y otra social. La resolución de problemas domésticos, los sueños de su porvenir.

Y sobre todo esto, la coeducación. Demostrado está por las autoridades médicas que la mayoría de los desequilibrios mentales tienen una íntima conexión con alguna anomalía de carácter sexual. La coeducación, la convivencia libre, natural y tranquila de los sexos desde la primera edad, proporciona una normalidad casi absoluta.

Una higiene perfecta. La madre ha de inculcar al hijo una limpieza y cuidado de aseo que le familiarice con el cuerpo en perfecta naturalidad, sin las explicaciones que la pedantería de las madres que se creen modernas utiliza y que pueden ser altamente perjudiciales si no son suficientemente científicas.

En cuanto a la conciencia, debe la madre despertarla, afilarla, agudizarla, sensibilizarla. Que no se acueste el niño o el joven sin haberse preguntado: «¿Qué he hecho yo hoy? ¿Y por qué?». En los primeros años debe la madre hacer el examen diario con los hijos hasta que esté creado el hábito que ha de durar tanto como la vida. Y siempre que se presente un acto de «delincuencia juvenil» en vez de reñir y castigar, obligar al delincuente a examinarse y a juzgarse.

Y con todo esto, dar al hijo una gran sensación de libertad. Que nunca se sienta presionado ni vigilado. Más que los ojos o la actitud o las maneras, sea el corazón de la madre el vigilante.

Diréis que es difícil ser madre. Ahora más que nunca. La «forma» de la familia está en crisis. Hay que salvar el principio, es decir, considerarla como «vivero de hombres sanos». La forma actual no sirve. Todo se halla tan a disgusto en el mundo. No existe sino nerviosidad y contradicción.

¿Mal momento? No; mejor que otros. Porque en este ambiente de inquietudes, de busca de fórmulas nuevas, nos hemos dado cuenta de que hasta para ser madre hace falta preparación.

MARÍA MARTÍNEZ SIERRA  
Madrid, mayo 1933<sup>33</sup>

**“Nuestros colaboradores. La actitud femenina ante la guerra”,  
*Democracia* (Jaén), 25 de junio de 1933, p. 1**

La mujer, inevitablemente, considera la guerra desde un punto de vista distinto al del hombre, porque en la guerra el hombre es el actor y ella el contemplador; el hombre va a los campos de batalla a matar y a morir; ella se queda en casa a esperar las noticias.

33. Una nota entre paréntesis añade: “Servicio de Prensa ÍNDICE. Exclusiva de este periódico. Prohibida la reproducción”. Hay que pensar, por lo tanto, que se trata de una serie de artículos distribuidos por esta agencia a diversos periódicos de toda España, algo habitual ya en el periodismo de la época. Sólo hemos podido localizar hasta ahora otra publicación donde apareció el mismo artículo, con un antetítulo diferente, dos días más tarde: María Martínez Sierra, “Cuidados de la infancia. La higiene mental en el hogar”, *Noticiero Granadino*, 28 de mayo de 1933, p. 1, con una nota final entre paréntesis que señala: “Servicio exclusivo de este periódico. Prohibida la reproducción”. Estamos seguros de que el mismo u otros similares, como el siguiente publicado en *Democracia*, aparecieron en diversos periódicos de tendencia progresista en diversas ciudades españolas, aunque no los hemos detectado todavía.

Y a sufrir las consecuencias.

Desde luego, a sufrir las consecuencias, que son terribles y la hieren en todos sus egoísmos: bienestar, abundancia, amor, seguridad en todos los amores, ya que la guerra puede llevarse al padre, al hijo, al marido, al amante, al hermano. La guerra para la mujer ¡quién lo duda! puede ser el despojo total de todos los motivos que puede tener para seguir viviendo (a pesar de lo cual, pocas se matan por haberlos perdido), pero el dolor real, la muerte, la herida, la mutilación, la fatiga terrible, el miedo, el frío bajo la lluvia y entre el barro, la fiebre bajo el sol, la dolorosa rebeldía en el momento de morir, el insufrible clamor de la conciencia en el momento de matar, todo el dolor que duele directamente e intolerablemente, sólo el hombre le sufre, sólo él puede saber lo que es.

Y entonces, ¿la mujer pondrá menos empeño en la campaña pacifista y su acción será menos eficaz?

Al contrario. Me figuro que si quiere y sabe, la mujer podrá servir a la causa de la paz más eficazmente que el hombre. Precisamente porque no está su vida interesada en la cuestión. Las causas que queremos ganar hemos de defenderlas con desapasionamiento. Porque la pasión nubla el entendimiento, y las causas las gana el entendimiento. Además, el hombre, víctima y héroe de la tragedia absurda, aún no se ha libertado del temor a pasar por cobarde. El más convencido pacifista acude al primer aviso de movilización y toma el fusil, contra su conciencia, pensando redimir el crimen que abomina con el sacrificio de la vida que tanto ama. ¿Qué más puede ofrecer? Hay una monstruosa amalgama de abnegación y de fatalidad, un sentido ancestral de propiciación, una oscura voluntad de inmoliación, que, en verdad, no se sabe de dónde viene, y que paraliza al hombre para defenderse contra el maleficio de ir a la muerte por una causa en la que no cree. Hablo, claro está, de los inteligentes, de los educados; los otros, infelices, los que no saben que van a la guerra como corderos al matadero, porque los lleva, ¿cómo negarse a afrontar la ametralladora si está detrás el consejo de guerra? ¿Qué más da morir ametrallado que fusilado? Y la ametralladora deja un azar. Algunos se salvan.

Las mujeres estamos, por tradición y por costumbre que se ha convertido en naturaleza, libres de heroísmo activo. Podemos ser cobardes sin deshonra. De nuestra cobardía, oficialmente reconocida y sancionada, podemos sacar fuerza para hacer guerra a la guerra. Y mucho más ahora en que somos cobardes con derecho a votar, es decir, a inclinar la balanza del destino del hombre con más fuerzas que el mismo varón, puesto que las hembras estamos en mayoría.

Línea de acción de la mujer. Primero: Darse cuenta, entender de qué se trata. Aprender las verdaderas causas de la guerra para poder ir atacando el mal por la raíz. ¿Qué puede el que no sabe? La más honda piedad puede ser contraproducente si se ignoran el camino y el mecanismo del remedio. Aprender, aprender y aprender, primera obligación de la mujer española en todos los terrenos. ¡Somos tan ignorantes hasta las que tenemos títulos académicos! Segundo: Desconfiar del sentimentalismo. Porque si somos pacifistas por emoción, por emoción estamos muy expuestas a dejar de serlo. Antes de una guerra siempre se hace una campaña de opinión, basada precisamente en motivos sentimentales. A la hora de embaucar a los espíritus para que consientan y ayuden en el turbio negocio, se destapa el arca de los nobles motivos y ¡ay de nosotras! Yo quisiera decir a todas las mujeres: «Siempre que al impulso de unas bellas palabras sintáis que se os sube a la garganta el corazón, que se os nublan los ojos de lágrimas, desconfiad de vosotras mismas. Decidle al corazón: ¡Calma, clama, vamos a esperar, vamos a enterarnos...! ¿Qué hay

en el fondo de todo esto?». Hay que dominarse para dominar, hay que aquietarse siempre para comprender.

Medios de acción. Educarse y educar a los que de nosotros dependan: a nuestros hijos, a nuestros criados, a los ignorantes que tengamos cerca. Educarse. Al decir educarse quiero decir pacificarse, crear dentro de sí un verdadero espíritu de paz. ¿Con qué autoridad puede hablar en un *meeting* contra la guerra la mujer que no sabe cuidar y conservar la paz dentro de casa? Hay para sonreír con un poco de escepticismo ante la agresividad de algunas pacifistas. Se habla mucho del desarme moral. En efecto, si todos estuviésemos convencidos de que es la guerra un mal innecesario, el mal no existiría.

¿Y si la guerra llega?

La obligación estricta de la mujer es no colaborar en ella. Obligación difícil de cumplir, porque entonces sí que se levantan en el corazón, no sólo los sentimentalismos, sino los verdaderos sentimientos, y es tremendo decir y decidir: «Yo no seré enfermera, yo no conduciré ambulancias, ni instalaré hospitales ni roperos benéficos, ni echaré sobre mí el trabajo del hombre que esté en el frente, yo no enviaré paquetes ni de ropas ni de provisiones, yo no iré a las cantinas a consolar a los heridos, ni a despedir a los amados al paso de los trenes...». Es muy difícil, pero esto es precisamente lo que hay que hacer. Si las mujeres no hubiesen colaborado con todo su esfuerzo y toda su mal entendida, aunque bien sentida, abnegación, la última guerra no hubiese podido durar más de un año. Porque ellas sostuvieron el interior de los países mientras los hombres se mataban, pudo prolongarse la matanza; porque ellas labraban los campos, hubo pan para abastecer los ejércitos; porque ellas —horror da decirlo— fueron a las fábricas de municiones, hubo balas para seguir matando. Y lo hemos recordado otras veces, pero es que no se me puede olvidar que en 1917 he visto a mujeres francesas trabajar fabricando proyectiles, con la botella de vino en el suelo, a su lado. Sólo el alcohol podía dormirles la conciencia y darles el valor de seguir trabajando, en la horrenda tarea, como sólo el alcohol podía dar valor a los hombres para salir de la trinchera y lanzarse a campo abierto bajo la lluvia de metralla... Porque ellas contribuyeron en los hospitales a recoser y componer cuerpos de hombre, pudieron volver tantos y tantos a acabar de morir, una vez curados. Muchas heridas cerraron; muchas más contribuyeron a abrir. Por eso digo que hay que desconfiar del sentimiento y aquilatar motivos e impulsos, hasta los que parecen más altos; por eso vuelvo a repetir que, en pacifismo como en odio, la obligación primera es darse cuenta.

MARÍA MARTÍNEZ SIERRA

**“Mirando un retrato de Clara Zetkin”, *¡Ayuda!* (Madrid), nº 10, 15 de junio de 1936, pp. 4-5**

El frontispicio del primer número de 1936 de la revista INTERNATIONAL LITERATURE es un retrato de Clara Zetkin, dibujado por Paula [ilegible]-Kupka.

La artista austríaca —revolucionaria ella también— ha trazado de su excelsa compatriota una imagen que yo desearía que pudiera servirnos como tema de meditación a las mujeres españolas que nos preciamos de militantes en la causa roja.

Clara Zetkin, la gran agitadora, la oradora fogosa y brillante, no está representada en esta imagen en un momento de magnífica exaltación, sino en una hora de intensa preocupación. Y digo en una hora porque Paula ha sabido poner en el ros-

tro de la anciana infatigable expresión de pensar tan intenso que inevitablemente sugiere el paso lento de muchos instantes. Para pensar tan fuerte, tan aguda, tan «constructivamente» como Clara Zetkin está pensando, hace falta haberse olvidado del tiempo, estar fuera del tiempo que va pasando. Clara, en su imagen trazada por Paula, está «viendo» con la interior visión que trae a realidad inmediata lo que ha de ser... Pero no ve con ojos de sibila enajenada, ni de soñadora ilusionada, sino con ojos de madre preocupada. La vida nueva, la justa, ¿con qué elementos se ha de formar? La anciana piensa. ¿En qué?, ¿en quién? La imagen no está sola. Paula ha agrupado en torno a la «matriarca» —Clara está retratada en su gloriosa ancianidad— los seres en quienes está pensando: diez pobres mujeres, un adolescente, un niño... Las mujeres, jóvenes todas, ignorantes todas, «triste pueblo» todas, parecen estar escuchando lo que Clara piensa. Clara tiene la boca no sólo cerrada, sino apretada en el esfuerzo de concentración meditativa. Y, sin embargo, las infelices mujeres escuchan y atienden. Quisieran comprender. Poco a poco el esfuerzo de sus cerebros, no acostumbrados a discernir, va alumbrando el dolor de sus vidas, que hasta ahora han sufrido sin entenderlo. Y el alumbramiento es, en todas, doloroso, tanto que alguna inclina la cabeza y llora hacia adentro, como roída de remordimiento..., el remordimiento de haber nacido... El «¡Así es!», que hasta que el pensamiento de la matriarca se proyectó sobre ellas fuera concepto único de su mente confusa, acerca del dolor de la vida, se va transformando laboriosamente en el «¡No debe ser así!». ¡Primera victoria! ¡Primer paso en el duro camino!

Entre las mujeres, el adolescente comprende, acaso, menos que ellas; pero tiene frente tozuda y mirar obstinado. Sus ojos no dicen: «¡No debe ser así!», dicen: «¡No quiero que sea así!».

Y delante de Clara —la cabeza a la altura de su corazón— un chiquillo. También él —como ella— ve a lo lejos. Pero es el único cuya mirada expresa seguridad feliz. Sus ojos dicen: «¡Así será!».

Mujeres españolas, las del rojo designio, las que vamos por estepas y aldeas procurando enterrar semillas y trazar caminos, aquí está nuestro campo y nuestro material; las mujeres, los adolescentes, los niños... Alumbrar el dolor, encaminar la fuerza de su protesta... Hablemos para ellos y pensando en ellos; pero, como la matriarca, nuestra maestra, meditemos durante horas largas, con preocupación honda, sincera y dolorosa, antes de atrevernos a adoctrinar a aquellos que todo lo sufren, que todo lo ignoran.

**MARÍA MARTÍNEZ SIERRA**